

# DOÑA MARIA LA BRAVA

ROMANCERO DRAMATICO EN CUATRO ACTOS, ORIGINAL DE

## EDUARDO MARQUINA

### PERSONAJES

DON ALVARO DE LUNA. - PRINCIPE DON ENRIQUE. - REY DON JUAN. - ALONSO PEREZ VIVERO. - MARQUÉS DE SANTILLANA. - MONTORO. - DON ALVARO DE ESTUÑIGA. - CONDE PALACIOS. - CONDE DE PLASENSIA. - JUAN DE MENA. - MORALES. - JUGLAR. - NUÑO. - PEDRO DE LUNA. - CABALLERO 1.º - IDEM 2.º - PAJE DE DON ALVARO DE LUNA. - PAJE 1.º DEL REY. - PAJE 2.º DEL REY. - DOÑA MARIA LOPEZ DE GUZMAN Y ESTUÑIGA. - REINA ISABEL. - DAMA CATALINA. - MARI-BARBA. - DOÑA JUANA MENDOZA. - CONDESA DE MEDINA. - ELVIRA SANDOVAL. - ROSA SOL. - SILVIA, LA JUGLARESA

Damas de la corte, pajes, heraldos, caballeros santiaguistas, justicias, soldados, etc., etc  
Morales y demás pajeillos representan muchachos de doce a quince años.  
La acción en los últimos años del reinado de Don Juan II de Castilla.

## ACTO PRIMERO

Los sótanos sombríos, abovedados y húmedos del Alcázar de Medina. En el fondo, una estrecha y altísima escalera de piedra, que comunica con las dependencias del Alcázar; por esta escalerilla, larguísima y un poco sinuosa, se filtra un hilo de luz amarillenta, por donde se advina a aquellas horas, la espléndida luminaria del resto del Alcázar. A la derecha, una rampa, que ascenderá, haciendo un recodo, al patio exterior del Alcázar. A la izquierda, una puertucha fementida y llena de herrumbre, que comunica con las cuadras, patios subterráneos, corredores y bodegas, hasta salir a los fosos y adarves de la fortaleza. La inmensa cuadra subterránea está llena de armatostes, catafalcos, armaduras, estandartes, carros, palafrenes, armas, ropajes, bandas, flores, lanzas, hachas y demás accesorios propios para realizar la espléndida cabalgada, que, para llevar al Rey y a la Reina Isabel, en el primer año de su matrimonio, las estrenas de su corte, se está preparando al levantarse el telón. Carpinteros, escultores, poetas, aposentadores del Rey y criados de las casas nobles pululan por la escena. Por los tramos de la escalera final aparecen de cuando en cuando hasta ocho pajes, cuatro del Rey Don Juan y cuatro de Don Alvaro de Luna. Finos, jovencillos, diestramente afaviados los del Rey, al gusto francés; los de Don Alvaro, al modo florentino; andan todos ellos haciendo fiestas y destrezas por la larga escalinata en honor de dos damitas de la Reina, Catalina y Rosa Sol, que estarán teniendo muy graves, en medio de ellos y esperando el momento de tomar parte en la cabalgada. En primer término, unas sillas de cuero y una mesa con varios velones encendidos. Por el resto, la escena, salvando el fondo que hace claro la luz de la escalerilla, queda en una semiobscuridad fantástica. Al levantarse el telón, Montoro, el poeta truhanesco, vestido de bufón, ensaya delante de Don Alvaro este trozo poético con que en nombre de todos, presentará luego al Rey las estrenas de su corte; Montoro lleva un pergamino en las manos; el lado de Don Alvaro de Luna, y en pie, Juan de Mena.

MONTORO. (Leyendo con énfasis, pero rasgando agoramente la entonación, al modo truhanesco.)

Deme, señora Isabel,  
venia tús manos discretas,

señoriles,  
y yo, desde mi escabel,  
haré que suenen trompetas  
y añafiles.

Manda, noble Rey Don Juan  
el bueno, entre los mejores  
de estos días,

y a tu imperio sonarán,  
donde sonaban tambores,  
chirimías.

Mirad que ya se disponen  
a haceros fiesta de trajes  
vuestros fieles,

y a su paso paso, ponen,  
donde llevaron plumajes,  
cascabeles.

Llegan los Reyes de Oriente,

que es maravilla de vellos  
en sus sayos;

con sus joyas, con su gente,  
pavos reales, camellos,  
papagayos...

El negro, en magias esciente,  
trae los filtros y el hechizo  
de las gomas;

como aquel vuestro pariente  
el Marqués, que parir hizo  
las redomas.

El rojo en su capisayo,  
trae los frutos de la tierra:  
gordas prunas,

moscatel, rosas de Mayo,  
peros, moras de la sierra  
y aceitunas.

El blanco, aunque en su color  
no muestra que entraran partes  
de importancia,

os trae, señora, el amor,  
sin el cual no valen artes

ni abundancia.  
Y todos, con sus trompetas  
añafiles, chirimías,  
pajes, hato,  
tronos, carros y carretas  
y colleras y jaurías  
y aparato,  
frente a vosotros detienen  
la pompa de su cohorte,  
dicha apenas,  
reyes nuestros, porque vienen  
a traerlos de la corte  
las estrenas. (Hace una profunda inci-  
nación y espera las órdenes de Don Alvaro.)

DON ALVARO  
Bien: si no por lo que dice,  
pasará por lo que suena.  
Queda decidido que  
tú comenzarás la fiesta;  
los reyes, con su aparato,  
te irán siguiendo de cerca;  
tras de los reyes, los pajes  
con cestos de adornideras,  
y dentro de ellas, los pliegos  
escritos con las estrenas.  
¿Lo visteis ya? ¿Qué decis  
de los versos, Juan de Mena?

JUAN DE MENA  
Que... suenan también.

D. ALVARO (A Montoro.)  
Ya bastía.

que, al cabo, es cosa de fiesta  
Tras de los pajes, las armas;  
los continuos de mis tierras  
y los del Rey; en seguida  
los justadores de empresa  
y los que las arrancaron  
ganosos de mantenerlas  
por nuestro reino: éstos, con  
Juan de Merlo a la cabeza.  
Después hachas, después truenos  
y, en fin, cerrando la fiesta,  
los dos carros que trajeron  
por mi encargo de Florencia:  
el carro de la Fortuna  
y el carro de la Nobleza.  
En ellos...

MONT.—Señor, ya entiendo  
no me añadáis una letra:  
vos en el de la Fortuna,  
vacío el de la Nobleza.

DON ALV.—¡Villano!

MONT.—(Inclinándose exageradamente.)

Me hacéis honor,  
porque hoy los villanos medran.

DON ALV.—¡Basta! Al sonar la bombar-  
saldrás tú por esa puerta: [da

yo cuidaré de tu séquito,  
o, en mi ausencia, Juan de Mena:  
que el Rey gusta de festejos.  
mas no de quien los altera.

MONT.—¿Acabáis conmigo?

DON ALV.—¡Sí,  
mal trovero, ten paciencia,  
que aun hallarás del festín  
las migajas en las mesas!  
Saldrás de aquí, penetrando  
en el gran patio, a derechas;  
y al llegar frente al balcón  
donde aguardan sus Altezas,  
desdobra tu pergamino  
y da a los aires tu endecha;  
pero con gestos, con fuego,  
con farsantería; enseña  
que inicias un entremés  
que asombraría en Venecia.  
¡Mal bufón, mueve, cantando,  
bravamente la cabeza!  
¡Que suenen los cascabeles  
a falta de las ideas!

MONTORO  
Lo del sonar ya no es trato,  
Condestable, y así os cuesta  
dos maravedís de creces  
cada sonajada de éstas (Mueve la ca-  
cajeza, haciendo sonar los cascabeles.)

D. ALVARO  
Se pagarán...

MONTORO  
Bien, os creo,  
que, al cabo, vuestras monedas  
son del reino, y a esa costa  
todos haríamos fiestas.

D. ALVARO  
Tú toma y calla, hablistán,  
que, en materia de monedas,  
el que las gasta, de él son,  
jamás del que las conserva.

MONTORO  
Eso es verdad.

D. ALVARO  
¡Basta, he dicho!

MONTORO  
Voyme a rebanar las mesas! (Sale.)  
SANTILLANA (Desde la escalerilla)

¿Va su marcha, Condestable,  
la famosa cabalgada?  
Yo os traigo coplas.

D. ALVARO  
Yo temo.

que sobrarán, Santillana.

SANTILLANA  
Me maravilláis... Sucede  
que estos detalles se guardan

siempre para el fin, y así,  
mientras vengan, siempre faltan  
Pero vos estáis en todo;  
bien que esta noche os amparan  
poetas como el de Mena,  
y ya el caso no me extraña;  
que es bien que sobre mis coplas  
donde él metió la plumada.

JUAN DE MENA  
Tened, Marqués, el embite,  
porque erráis de la lanzada.

SANTILLANA (Vuelto a don Alvaro.)  
Entonces, sois el poeta  
vos, el autor de las *Claros*  
y *honestas mujeres*, libro  
que ha enloquecido a las damas.  
Y, en verdad, que las tratáis  
de fortalezas sitiadas;  
y, si les hacéis honores,  
es después de conquistarlas.

D. ALVARO  
No os libraré la lisonja  
del castigo, Santillana;  
porque, sabed que me precio  
de defensor de las damas,  
y en pago a vuestra malicia,  
vais a leernos la página,  
que yo no acepto, por miedo  
a competencia tan alta.

SANT.—Pues si vos teméis de mí,  
Condestable, ¿no hay más causa,  
estando aquí Juan de Mena,  
que yo le tema a su sátira?

D. ALV.—Vos no le teméis; que no  
se temen, sino se amparan  
en el cuerpo, las dos manos,  
los dos ojos en la cara,  
en el carro las dos ruedas,  
en las aves las dos alas,  
en el cielo los dos astros  
y en nuestra corte preclara  
los dos príncipes de ingenios  
Juan de Mena y Santillana.

D. JUAN.—¿Resistís a la lisonja?  
SANTILLANA

(Entregando un pliego al Condestable.)  
¿Quién se niega? Va en descarga  
que escribía para fiestas,  
no para libros. Pensaba  
pediros que, en las estrenas  
a la Reina destinadas,  
dispusierais que este pliego  
con mis versos encerraran.  
Es un soneto en romance,  
hecho a la manera itálica,  
como tantos que hace el noble  
Micer Francesco Petrarca.

Leedlo.

D. ALVARO  
(Desdoblado el pliego y leyendo. Por la  
entonación que da a la lectura del último  
terceto, deja comprender que adivina la ve-  
lada alusión a su propia persona que hace el  
Marqués con el juego final de palabras.)

Dice: «A la Reina  
de Castilla, venia y gracia!» [nido,  
«Con modo tal de ornato habéis ve-  
que os movió guerra amor traéis paz;  
yo os vi llegar, pero no soy capaz,  
de hacer que llegue al canto a lo sen-  
[tido.

Blondo, al sol le robaba el colorido  
de los cabellos, dado al viento, el haz;  
y era, bien puesto en el corcel tenaz,  
torre de ivory el cuerpo esclarecido.

Por estrenas os digo que traigáis:  
para nuestra Castilla, paz y guerra;  
para nuestras grandezas, fin y cuna;  
que, pues todo en vos misma lo ence-  
[rráis,

seréis para nosotros cielo y tierra,  
si sois para el monarca *Sol y Luna.*»

JUANA MENDOZA  
(Desde dentro.) ¡Muy bien, Santillana!  
D. ALVARO  
¿Quién?...

VARIAS VOCES DE MUJER  
¡Bien, muy bien, Marqués!  
D. ALVARO (Saliendo de  
dudas y hablando a Santillana.) Son damas.  
Ya os dije que vuestras coplas  
dejarían mal paradas  
a las mías; pero son  
de tal virtud, Santillana,  
que habiéndolas escuchado,  
no me resisto a copiarlas.  
¿Me las dejáis?

(A un signo afirmativo de Santillana se  
guarda el pliego escrito.) Mi copista  
es judío y no se tarda:  
como, casualmente, suena  
mi nombre al fin de una estancia,  
bien que casual, es honor  
que os estimo, Santillana.  
(Vuelve la espalda para recibir a los que lle-  
gan, Santillana y Juan de Mena, hablando,  
se pierden por la obscuridad del fondo. En-  
tran por la lateral izquierda doña Juana Men-  
doza, la Condesa de Medina y Elvira Sando-  
val, acompañadas del Conde de Palacios.)  
¿Terminó, pues aquí estáis,  
señoras mías, la mesa?

D.ª JUANA MENDOZA  
No; ¡se tardá tanto el Rey!

gos errantes trovadores  
no parecemos así.  
¡A nosotros, los de Luna,  
que somos gente de raza  
y tomaremos la plaza,  
bien mediante la fortuna!

ROSAL SOL

(Mientras, los pajes restantes del de Luna,  
que son dos, bajan a reunirse con sus compa-  
ñeros.) ¡Válame Dios, nos dan caza!

PEDRO DE LUNA (Avanzando.)

Damita, la de la torre,  
que a más poderoso amor  
pagáis con desdén mayor,  
hoy, si la suerte le acorre,  
suya os hará el trovador.

CATALINA

(Sonriendo, apoyada en el barandal de la esca-  
lalerilla.) ¿Lo decís, Conde, por mí?

PEDRO DE LUNA

¿Lo dudáis vos, alma mía?  
¡No dudéis, que hoy es mi día,  
porque hoy no se encuentra aquí  
quien más os defendería!

CATALINA

(Instintivamente.) Don Alonso...

PEDRO DE LUNA (Burlón)  
Está en la guerra.

Cruzóse gran caballero,  
y en la Morería, espero  
que irá regando la tierra  
con la punta de su acero.  
Sola os abandona, y fué,  
más que abandono, imprudencia;  
¡abrid, castellana, que  
yo he de mostraros que sé  
consolar males de ausencia!

CATALINA

Trovador aventurero,  
que te envanece porque hoy  
a la ventana te espero,  
¿no ves que esperando estoy  
la vuelta del caballero?

PEDRO DE LUNA

¡Que él vuelva y dará ocasión  
que al fin os logre, cruel!

CATALINA

Pues ¿le heriréis a traición?

PEDRO DE LUNA

¡Le daré mi corazón  
para que os ame con él!

CATALINA

¡Me place!

PEDRO DE LUNA

(Bajo a sus compañeros.) Y ahora, tomadas  
todas las encrucijadas,  
asegurad mis canciones:

que es bien que velen espadas  
mientras habían corazones. (Hace que  
templa su guitarra; da unos sonos y dice.)

A tu puerta llamaría,  
dueña mía,  
si, al abrirla, confesabas  
que aguardabas;  
pero no:

que dices que no soy yo.  
Por tener bien complacidos  
tus oídos,

¿tú no sabes la armonía  
que te haría!  
pero no:

que dices que no soy yo.  
Por calmar la fiebre loca  
de tu boca,

tengo mieles; ¿tú no sabes  
si son suaves!  
pero no:

que dices que no soy yo.  
Vida mía, siendo mía,  
¡ya no habría

soberano castellano  
más ufano!

pero no:  
que dices que no soy yo.  
¡Sea espada tu mirada  
despiadada!

y la muerte, de esta suerte,  
logre al verte,  
porque no

me digas que no soy yo!  
(Las damas se han hecho atrás. Los caballe-  
ros que las guardan han tomado el barandal.)

PAJE 1.º DEL REY

¡Sea espada...

PAJE 2.º DEL REY

su mirada...

PAJE 3.º DEL REY

despiadada! (Empiezan a descender.)  
MORALES (Desnudando también su espada.)  
¡Y la muerte...

PAJE 2.º DEL REY

de ésta suerte...

PAJE 2.º DEL DE LUNA

logre al verte!

PEDRO DE LUNA

(Atacando) ¡Porque no  
me digas que no soy yo!  
(Breve lucha. Al cabo de ella suben la esca-  
lalerilla Pedro de Luna y Morales. Pedro de  
Luna se acerca a Catalina, tendiéndole las  
manos. Morales abraza a Rosa Sol y la besa.)

PEDRO DE LUNA

¡Amor sale triunfador  
de todo!

CATALINA (Dándole las manos y sonriendo,  
Menos de amor

MORALES

¿Y tú qué me dices, Rosa?

ROSAL SOL

Que me has besado, y no es cosa  
que tenga tan mal sabor.

(Los pajecillos, que han dejado de luchar,  
parecen confabularse en primer término se-  
ñalando a los de la escalerilla.)

PAJE 1.º DEL REY

¡Fin del juego! El caballero  
regresa ya.

PAJE 1.º DEL DE LUNA

(Afectando estar conmovido.)

¡Y viene herido! (Descendiendo.)

¡Alonso mío!... ¿Qué ha sido?

(Rien los pajes.)

PAJE 1.º DEL REY

¡Fueron burlas!

CATALINA (Ofendida.)

¡Pues no quiero  
burlas en este sentido!

MORALES

(Poniendo la cabeza sobre el pecho de Cata-  
lina para escucharle el corazón.)

¿Late el corazón?... ¡A fe,  
más de lo que imaginaba!

¡Bien se comprende que esté  
orgullosito el hijo de  
Doña María la Brava!

CATALINA

Le quiero... y porque le quiero,  
le espero y me desespero;  
y no sé cómo me explique  
que le retengan Vivero  
y el Príncipe don Enrique.

PEDRO DE LUNA

¿Tornan las cuitas?

CATALINA

Burla!

del amor mientras podéis;  
¡ya hará sus obras la edad  
y en una eterna ansiedad  
como me veo os veréis!

MORALES

Pues si amor agobia tanto,  
¿cómo hay quien ame?

CATALINA

No sé,

PEDRO DE LUNA

¿Duele?

CATALINA

Si.

MORALES

¿Mata?

CATALINA

¡No tanto!

ROSAL SOL

Y ¿a qué saber?

CATALINA

A un no sé qué  
del agridulce del llanto.

MORALES

¿Te dijo si te quería?

CATALINA

Ha un año que lo escondía;  
pero, al fin, rompió el secreto.

ROSAL SOL

¿Y tú?

CATALINA

No: desde aquel día  
¡le tengo tanto respeto!...  
¡Pero no viene!... ¿Qué tramán  
con él?

PEDRO DE LUNA

Príncipes le llaman:  
¡no temas que se desmanden!

CATALINA

¡Que haya príncipes que manden  
a los caballeros que aman!  
¡Y yo sin verle! Venía  
soñando en la cabalgada,  
porque a mi lado estaría,  
¡y me estoy sola!

ROSAL SOL

Medrada

dejaste a la compañía!

CATALINA

Perdonad...

MORALES

¡Veo quién eres!

CATALINA

No me expliqué...

PEDRO DE LUNA

¡Ya no aguanto

más! Así sois las mujeres:  
desde que a él le quieres tanto,  
a nosotros no nos quieres.

CATALINA

¡Más!... Pero de otra manera,  
que amor es quien manda en mí  
no trueca el gusto, lo esmera;  
no me dice que no os quiera;  
dice: «Quiérelas así.»  
Amor es virtud que héchiza  
el alma y no cabe en ella,  
y por salir se atropella,  
y por donde se desliza,  
¡todo lo enciende su huella!  
Y en el gran incendio, amor  
levanta un tal resplandor,  
que, al que vive en este día,  
le alegra más la alegría,  
le hiere más el dolor.

¡Todo acrece la pasión!  
que amor ha abierto la senda,  
y toda la creación  
entra a hacer, del corazón  
de los que aman, su vivienda.  
Cuando el corazón esté  
fatigado de amar tanto,  
pedirá a los ojos que  
le den su bálsamo santo,  
y así, sin saber por qué,  
amor se resuelve en llanto.  
(Enjugándose los ojos, que tiene arrasados  
de lágrimas.) ¿Véis?...  
(Suena un grito lejano y angustioso que llega  
a escena por la lateral izquierda.)  
¿Qué es eso? ¿No fué un grito,  
o es que yo misma me exalto?  
¿No oísteis?

PEDRO DE LUNA  
Nada.

CATALINA  
¡Maldito corazón!  
ROSA SOL  
No, pobrecito:  
¡ya tiembla del sobresello!

PEDRO DE LUNA  
(Que estará mirando por la lateral izquierda.)  
¡El príncipe!  
(Las dos damitas se retiran a segundo término;  
los pajes se retiran también, dejando  
respetuosamente plaza a los que llegan. Entra  
el Príncipe don Enrique, volviendo atrás  
la cabeza y ocultando algo que lleva en la  
mano; descompuesto, la mirada ligeramente  
extraviada. Le sigue de cerca Alonso Pérez  
Vivero, quien llegará igualmente descompuesto;

PRÍNCIPE  
¡Qué rápida  
fa muerte, cuando llega!

VIVERO  
Señor...  
PRÍNCIPE  
Sí, sí, ya he visto...

VIVERO  
Los pajes.  
PRÍNCIPE  
¡No, no pueden  
robármelo! ¡Lo llevo  
debajo de mi túnica!  
Atiende tú, Vivero:  
¡Tu daga goteaba  
la sangre, al tirar de ella!

VIVERO  
¡Señor!...  
PRÍNCIPE  
Ya calló; pero,  
responde: ¿por qué causa

la daga has arrancado  
de la herida? Caían  
de ella gotas de sangre,  
y al tocar en el suelo,  
cobraban vida, como  
de reptiles inmundos,  
¡y me seguían!...

VIVERO  
Príncipe:  
mi daga era la vuestra.  
PRÍNCIPE  
¿Y quedó allí?

VIVERO  
Por eso  
mis manos la arrancaron  
de la herida.

PRÍNCIPE  
¿La tienes?  
VIVERO  
¿Cómo, si era la sangre  
delatora? La he hundido,  
 viniendo, entre unas piedras:  
y cuando más no pude,  
la enterré con la mía.  
No podrán encontrarla.

PRÍNCIPE (Oyendo pasos.)  
¿Se acercan?

VIVERO  
Sí, una dama; Catalina.  
PRÍNCIPE  
¡Respóndele

CATALINA  
¿No sabéis de don Alonso,  
señor Pérez de Vivero?  
Dijeron...

VIVERO  
El señor Príncipe,  
para darle de su afecto  
muestras, le ha llamado a sí:  
que de un encargo secreto  
pensaba hacerle encomienda,  
pero el doncel, que es ligero  
y aturdido, prefirió,  
faltando a todo respeto,  
no acudir y echarse a ver  
Medina de Rioseco,  
tal vez con truhanes que  
le busquen al cabo el cuerpo.  
Venimos de irle al alcance,  
sin dar con su paradero:  
doña María Guzmán  
no lo aprobará al saberlo,  
que es grave falta, y el Príncipe  
tomó grande enojo de ello.

CATALINA  
(Sollozando, aturdida.) ¿Y decís, señor?...  
(Viendo que no le contestan.) ¡Alonso!...

¡Qué horrible presentimiento!  
(Morales y otro paje se la llevan al fondo:  
ella quiere salir en busca de don Alonso, Morales  
y los Pajes 1.º del Rey y 1.º del de Luna  
porfían con ella y le acompañan. Quedan  
en escena los otros pajes. Don Alvaro entra  
por el extremo derecha, llevando un pliego  
en la mano.)

D. ALVARO  
Ahora los dos carros. ¡No  
salgan los pajes!... Vivero:  
con damas no hay quien resuelva  
las cosas sin contratiempo.  
Por fin María Guzmán  
logra del Rey este pliego,  
disponiendo que en el carro  
de la nobleza, no Pedro  
de Luna, como se dijo,  
que al fin mi honor iba en ello,  
sino su hijo don Alonso  
lleve la enseña del reino.

VIVERO (Aparte.)  
¡Maldición!

D. ALVARO  
De todos modos  
doña María halla medio  
de moverse contra mí,  
por todas partes la encuentro:  
en lo grande, ofensas grandes;  
pequeñas en lo pequeño;  
quiere guerra, ¡la tendrá,  
vive Dios, y habréis de verlo!

VIVERO  
De los más descabellados  
que ha tenido en estos tiempos  
doña María Guzmán,  
hallan todos este empeño,  
de querer que el Rey, en todo,  
anteponga su hijo al vuestro.

D. ALVARO  
De las más descabelladas  
audacias vuestras, Vivero,  
es esta de dar el fallo,  
si no os lo piden, a un pleito;  
que si la Guzmán y yo  
tenemos o no tenemos  
cuentas, ni os tocan a vos,  
ni os va el interés en ello.

VIVERO  
Vos comenzásteis, don Alvaro.

D. ALVARO  
Pues olvidad el comienzo.  
VIVERO (Sumiso, inclinándose.)  
Vuestro hijo aguarda en su sitio  
las órdenes del cortejo;  
él cumple su deber, mientras  
Don Alonso, el heredero

de Estúñigas y Guzmanes,  
que es sangre con privilegio,  
nadie sabe dónde está:  
acaso en la sala, haciendo  
figura entre los que danzan  
y os combaten en secreto.  
Condestable: en vuestro sitio...  
¿quién os ha dado ese pliego?

D. ALVARO  
Castilla, el faraute.  
VIVERO  
Yo me olvidara de leerlo,  
y dejaría las cosas  
como estaban.

D. ALVARO  
Yo no puedo  
decirle al Rey que me olvido  
de servirle.

VIVERO  
Le diremos,  
y será verdad, que estando  
para cumplir lo dispuesto:  
no apareció Don Alonso,  
y fué en su lugar Don Pedro.

D. ALVARO  
Si el Rey me mandara que  
esta noche, en el cortejo,  
llevara el Rey de Granada  
los estandartes del reino,  
sin mirar que era la empresa  
difícil, Pérez Vivero,  
¡con los dos mil de mi casa  
le traería vivo o muerto! (Viendo al Príncipe.)  
¡Ah, sois vos, Alteza!

PRÍNCIPE  
Hablad lo que queráis con Vivero.

D. ALVARO  
(Airado con el desaire del Príncipe.)  
¡Don Alonso de Guzmán:  
de orden del Rey, he de verlo!  
¡Don Alonso de Guzmán!  
¿No está aquí? ¿No está dispuesto  
que todos los pajes, ¡todos!  
figuren en el cortejo?

CATALINA (Dentro.)  
¡Favor!

D. ALVARO  
¿Qué pasa?  
MORALES  
¡Justicia!

D. ALVARO  
¡Ira de Dios! ¿Qué es?  
MORALES (Dentro, más cerca.)  
¡Un muerto!

D. ALVARO  
¡Un muerto!  
PRÍNCIPE

Vos lo dijisteis  
que le herirían, Vivero.  
(El Condestable escruta con la mirada a los  
dos hombres. Vivero avanza, a tiempo que  
entran Morales y los dos pajes restantes.)

D. ALVARO

Pero, ¿quién es?

MORALES

Don Alonso.

Tiene una herida... en el pecho...  
profunda... ya no respira...  
en el foso... ¡Venid!

D. ALVARO

¡Quietos! (A Vivero.)

¿No le visteis con el Príncipe  
cuando pasaisteis, Vivero  
por el foso?

VIVERO

No le vimos:

que nosotros no tenemos  
la misma obsesión que vos  
por Don Alonso, ni Pedros  
de Luna a quien haga sombra.

D. ALVARO (Con gran calma.)

No os dije tanto. ¡Teneos!  
(Viendo que los pajes se abalanzan a la  
puerta, saca su espada y mete delante la  
cruz de la empuñadura, diciendo.)  
¡Justicia del Rey! ¡Que nadie  
antes que yo llegue al muerto!  
(Salen con tumulto. Quedan en escena el  
Príncipe y Vivero.)

PRINCIPE

(Que ha vuelto a dejarse caer en el sillón.)  
¡Respiro! Este momento  
tan duro ya ha pasado...  
¿No viste? ¡Me miraba  
de un modo el Condestable!

VIVERO

¡Qué necio ha sido! Príncipe,  
matarle!

PRINCIPE

No lo digas.

Acerca un poco; mira  
qué rostro blanco... envidio, (Mostrando  
al de Vivero un joyel con una miniatura, que  
habrá tenido oculto en su pecho.)  
envidio los pinceles  
que lo trazaron... Tiene  
los labios rojos como  
el cielo de las puestas  
de Castilla los días  
serenos; cuando sólo  
mirarlo me desmaya...  
... El ha sido: recuerda  
que yo sólo quería  
robarle esta pintura.

¡Si no fuera su madre  
tan hermosa! ¡Si al verla  
no me hiciera temblar,  
como en los grandes fríos  
del invierno! ¡Si hablarla  
pudiera; si a su vista  
no se cerraran mudos  
mis dos labios, que creo  
que los clavan los dientes!...  
Yo no quisiera entonces  
esta pintura, pero  
pido tan poco: ¡verla,  
tenerla entre mis manos,  
inanimada, como  
los muertos; más callada  
que yo mismo, pequeña  
—ella, cuando es tan grande  
que me llena la tierra  
y tapa el sol! No: todo  
por tenerla, mirándome  
con estos ojos dulces,  
que miran y no imponen  
desde aquí; que parece  
que: a través de una gasa,  
arden, como los astros!...  
Vivero: ¿Yo no quería  
matarle? ¿No te dije  
que sólo codiciaba  
robarle esta pintura  
con la faz de su madre?  
VIVERO  
Así dijisteis, Príncipe:  
con todo...

PRINCIPE

¡Ah, pues no mientol

Pero sí; ven más cerca...  
Sí que miento: quería  
más; ignoro yo mismo  
lo que quería. Cuando  
los brazos le eché al cuello  
para tenerle, y tú  
le robabas la joya;  
cuando los dos, cogidos,  
resbalamos tocando  
él, carne de ella, y yo,  
carne de rey, el fango,  
él gritó: ¡Madre mía!  
pensando en ella; ¡Madrel  
y yo le vi infinita-  
mente querido de ella;  
en su regazo, como  
los infantiles tiernos,  
y pensé: «El ha vivido  
dentro de sus entrañas,  
y la ha besado, y sabe  
que un grito suyo pone  
en conmoción el alma

de aquella mujer única.  
«¡Madre!» Yo no podía  
táparle bien la boca,  
y él la llamaba. Y ella,  
si llega en aquel punto,  
le habría defendido  
contra mí; de las uñas  
me lo habría arrancado.  
llenándole de besos  
las heridas, pegando  
su rostro con el rostro  
del doncel; toda brazos  
para abrazarle, toda  
desprecio para el monstruo,  
que soy yo. ¡No, Vivero,  
¡hiere! ¡hiere!... El dió un grito..  
¡Ah! ¿Tú has nacido de hombres  
o de tigres, Vivero?  
Te bastó un solo golpe  
para acabarle.

VIVERO

¡Aciaga rapidez de mi brazo,  
que no vacila, Príncipe,  
cuando os sirve!

PRINCIPE

¿Por qué, ya que había de amarla  
de este modo funesto  
y contra ley, Vivero,  
no he nacido también,  
como Alonso, hijo de ella?  
¡Hijo suyo!... Hoy, haciendo  
duelo conmigo de  
la muerte del hermano,  
tendrían sus caricias  
el agrio poder de  
las cosas exclusivas;  
me abrazaría al modo  
singular que yo ansío,  
mezclando en sus caricias,  
al dulzor de los besos,  
el acre de las lágrimas!... (Por un gesto  
de repugnancia que sorprende en Vivero.)  
¡No! No vuelvas el rostro  
reprobando, Vivero...  
¡Asesino! Te acuso  
delante de la Corte,  
y los sangrientos miembros  
de tu cuerpo villano  
mañana cuelgan de  
la torre del Alcázar.  
¡Eres mío! No intentes  
contradecirme; ¡aprueba!  
Monstruo o dios, yo no soy  
como los otros hombres:  
en amores, en ansias,  
en deseos, en obras,  
soy singular y rompo

la ley; ¡que me marcaron  
los astros, en la carne  
y en el alma!

VIVERO

¡Senor: hasta el crimen soy vuestro!  
Si os he enojado, dadme,  
matándome, castigo.

PRINCIPE (Risas histéricas.)

¡Ja, ja! ¿Tiemblas, Vivero?  
¿Te doy miedo?

VIVERO

Sí; el miedo que nos dan los abismos.

PRINCIPE

Ya pasó... Fué preciso  
que la emoción suprema  
se resolviera; que  
las gotas de su sangre  
se evaporaban. Ya  
puedes hablarme: soy  
tu príncipe, tu amigo.

VIVERO

Príncipe: en este sitio  
no estáis bien.

PRINCIPE

¿Volverán?

VIVERO

Y el Condestable tiene  
ojos escrutadores y sospecha.

PRINCIPE

¡Jamás me acusará el de Luna!  
Su ambición no le deja  
ponerse contra mí.

VIVERO

Pero yo...

PRINCIPE

Sí, Vivero; tú eres odre mezquino  
de villano pelaje,  
lleno de vicios, crímenes,  
lujurias, ambiciones  
y liviandades; pronto  
te desharían, sin  
el favor de tu Príncipe.  
Pero no temas; yo  
necesito de ti,  
porque tú no distingues  
del bien y el mal y apruebas  
todos mis desvarios.

VIVERO

Yo os doy gracias, señor;  
pero salid ahora  
de estos sitios: ¡les oigo!

PRINCIPE

No; aguardemos, vendrá  
con ellos ella, y quiero  
verla sufrir un día  
como yo sufro. ¡Oh, dejal

VIVERO

Oculto entre estas tablas la veréis.

PRINCIPE (Deteniéndose.)

No, no; aguarda.

VIVERO (Dentro ya.)

¡Desde aquí!

PRINCIPE (Siguiéndole.)

¡Deja; espera!...

¡No; Vivero! ¡Vivero! (Sale también.)

MONTORO

(Empieza a hablar dentro. Sale a escena, atraviesa y se marcha gritando por la rampa.)

¡Los del entremés! ¡La gente dispuesta para la farsa!

¡Es el momento; tiznad

manos, brazos, cuello y cara!

¡Moved las piernas! ¡Aquí,

con risas, con algazara!...

¡Que se empieza; que se empieza!

¡Que está esperando el Monarca!

(Movimiento de gentes que salen a escena.)

JUAN DE MENA (Entrando por

la rampa de la derecha, precipitadamente.)

¡Condestable!... ¡Está impaciente

la Corte!

D. ALVARO (Entrando, al

mismo tiempo que Juan de Mena.) ¡Tened!

JUAN DE MENA

¿Qué pasa?

D. ALVARO (A los que le siguen.)

Por aquí: moved sin ruido.

Por aquella puerta falsa

del rincón, entrad con él

en las salas del Alcázar;

que queden para guardarle

de las mías, veinte lanzas;

que, cuando acabe el servicio

del Rey, yo mismo la guarda

le haré esta noche, y que nadie

sepa de ello hasta mañana.

¡Vosotros pegad la frente

al suelo, los de la farsa;

Porque es un muerto

acusador el que pasa!

(La gente de la farsa se arremolina a la puer-

ta con un murmullo de horror. El Condesta-

ble y Juan de Mena les contienen. En el fon-

do se abre violentamente la puerta de la es-

calerilla, y doña María la Brava. Dama Ca-

talina y algunos caballeros aparecen en es-

caena. Al darse cuenta del cuadro, grita:)

¡Profanación! ¡Deteneos!

¿Qué vena de sangre mala

tiene mi hijo, que su muerte

como una vergüenza tapan? (Desciende)

¡Don Alonso, don Alonso!

¿qué te han hecho, que no guardas

con los dos brazos abiertos

a tu madre?

D. ALVARO

Hacedle plaza. (El Condestable recoge los

hombros, cediendo a la fatalidad.)

D.<sup>a</sup> MARÍA (Llegando.)

¿Dónde está? (El Condestable da un paso

para responderle.) ¡No, Condestable:

vos no, que esa mano es falsa!

(Doña María se vuelve a los demás.)

¡No, no; tampoco vosotros,

que en vuestras manos tiznadas

hay profanación!...

(Viendo a los pajeccillos.) ¡Vosotros...

sus iguales en la infancia,

que hicisteis vida con él

cuando él vivía! ¿Qué vallas

le separan de su madre?

¿Quién ha sido? ¿Por qué causa?

¿Dónde está ¿Dónde está? ¡Habladme

de otro modo que con lágrimas! (Mora

les señala tímidamente en la oscuridad.)

MORALES

Allí. (D.<sup>a</sup> María inicia un paso hacia la puerta)

CATALINA

¿Dónde vais?

D.<sup>a</sup> MARÍA

¡Con él!

D. ALVARO

Le traerán.

D.<sup>a</sup> MARÍA

(Rápidamente.) ¡No! ¡Aquí no! Vana

profanación de estos muros...

No es cortejo para un alma

vuestro cortejo: no son

de este lugar estas hachas...

D. ALVARO

Será un paso: le llevamos

por esta puerta a las salas

del Alcázar.

D.<sup>a</sup> MARÍA

¡No; jamás;

que está manchado el Alcázar!

¡No ha de pasar esta noche

él en la misma morada

que su asesino!

D. ALVARO

Mirad...

D.<sup>a</sup> MARÍA

¡Mirad vos, que en vuestra guarda

le teniais, y su sangre

corrió tan cerca, que os mancha!

D. ALVARO

Señora: el dolor...

MONTORO (Bruscamente entra por la rampa

haciendo una cabriola y gritando al caer a

los pies del Condestable.)

¡Maestre, la primera sonajada!

(Hace sonar todos los cascabeles de su ca-

peruza. Se oye la bombardá, que anuncia el

comienzo de la fiesta; oyense los gritos le-

janos de la multitud. Doña María se abalan-

za a la puerta, transfigurada, terrible.)

D.<sup>a</sup> MARÍA

¡Horror! ¡Cerrad esas puertas!

¡Que él no pueda verlo! ¡Basta

de sacrilegios!... ¡Maldiga

Dios esta noche nefanda!

—Decidle al Rey, Condestable,

de qué modo una agraviada

rica-hembra, de su Corte,

siguiendo a un muerto, se marcha

a buscar luto en la noche,

ya que hay fiesta en el Alcázar.

Romped de vuestras justicias

en dos pedazos la vara:

ya que, por dejar hablar

los bufones, ellos callan.

Decidles a vuestros nobles

que con sus hijos se vayan

a tierra de infieles, que

les tendrán más buena guarda.

D. ALVARO

Vos misma podéis, señora,

hacer al Rey la demanda...

D.<sup>a</sup> MARÍA

Pudiera, llevando al trono

mis vestiduras rasgadas,

pedirle justicia al Rey;

que un tiempo los de su casa

solían hacerla: pero

como es prenda en sangre hidalga

no pedir nunca lo que

se le debe sin demanda,

vos le diréis que me aparto

de su justicia; que no haga

cuenta de fallar en éste

como en otros casos falla;

que si estos crímenes son

uso en la Corte, faltaba,

para acabar con el uso,

ser el muerto de mi casa.

—Y vosotros, la raez

de los vasallos, la baja

chusma, que ahora de fiesta

perdéis la figura humana,

porque quiero que guardéis

memoria de mis palabras,

¡tomad! ¡Ved cómo una madre,

por no profanar con galas

la muerte del hijo, tira

de estas joyas que le abrasan

la carne... (Rompe sus collares.)

¡Luto, ya de luto

toda la vida en el alma

y en el cuerpo. (A uno de los caballeros

que la acompañan.) Dadme el manto

vos justicia, de mi casa,

que en este crimen entiendo

yo en persona: no me engaña

con su justicia una Corte

que todo lo mete a farsa. (Se envuelve

en el negro manto de su justicia.)

Abrid, Condestable; mientras

vos, con vuestra cabalgada,

alegraréis a la Corte,

yo, con mi muerto, en la santa

dignidad de las tinieblas,

me apartaré del Alcázar;

que de donde echan al hijo

es bien que la madre salga. (Va a salir;

Pedro de Luna, con un arranque noble y brus-

co, cayendo a los pies de don Alvaro, dice:)

¡Libradnos, padre, a los pajes

de andar en la cabalgada!

¡Que se doble el estandarte

que para mí destinaban

en el carro del cortejo!

Acompañando a la dama

saldremos, si nos dejáis.

Y si no nos dejáis, manda...

Diós, Condestable, y los pajes

entregamos las espadas. (Don Alvaro ha-

ce a su hijo gestos que accede a lo pedido.)

DOÑA MARÍA

Venid vosotros, huyamos

de esta corrupción... ¡Entrañas

de las madres que os criaron,

no saben qué les aguarda!

Venid... y pensad, Maestre,

cómo estará de acabada

la prez de Castilla entera,

toda la honra castellana,

que una mujer y unos nidos

se la llevan del Alcázar. (Salen, Dentro.)

¡Hijo mío! ¡Responde,

que es tu madre quien te llama!

¡Hijo!... ¡Hijo mío!... Hijo mío!...

DON ALVARO (Examinando una daga mancha-

da de sangre.) ¡No me pagará el Monarca

con todo el oro del reino

este servicio! (A Juan de Mena, que se

tendrá a su lado en pie.) Es honrada

y hosca el alma tuya, Juan

de Mena: de todas trazas

procura dar esta noche

con el Príncipe, y con maña,

que él no sospeche, examina

si en su vestimenta hoy manchas

de sangre...

JUAN DE MENA

¿Qué?

D. ALVARO (Frfamente.)  
y sí, en su cinto, falta o no falta la daga.

JUAN DE MENA  
¿La respuesta a vos?

D. ALVARO  
¡Y a nadie

## ACTO SEGUNDO

El salón del homenaje en el castillo de Peña-Roa, cerca de Valladolid, viejo solar de los Estúñigas, casa-raíz de Doña María López de Guzmán y Estúñiga. Hay en el castillo y en todo su aparato, huellas del abandono en que, por aquellos tiempos, tenían sus tierras los nobles de solar, que empezaban a convertirse en nobles palacios y en intrigantes cortesanos. Nótase el abigarramiento de una instalación improvisada, que trasciende a vivienda de caudillo, en el alto de un ejército en campaña. La gran sala tiene, en la pared del fondo, un portalón que es abre sobre el primer recinto almenado del castillo. Se ven las almenas, recias y negruzcas llanura y telón con horizonte de montañas. A la derecha una puerta que da a la torre del castillo. A la izquierda, en primer término, otra que comunica con las habitaciones interiores. La torre, a la derecha, forma un ángulo muy entrante en la escena. A una parte de este ángulo habrá un estrado. Sobre el banco de juez de Castilla que hay en él, por haberlo sido en el tiempo un Estúñiga, habrá la espada de Don Alonso, desnuda, colodada de punta y apoyada la empuñadura en el respaldo. Al levantarse el telón, Nuño, Mari-Barba, Montoro, Juglar, Silvia la Juglaresa y Criados. Son las primeras horas. No hay guardias en las almenas.

NUÑO  
(Mientras los Criados, Mari-Barba y Montoro aplauden al Juglar, que acaba de decir unas trovas.) ¡Otra Juglar! que así pagas el pan, el tcho y el vino que, para pasar la noche, te hemos dado en el castillo. ¡Otra!

JUGLAR  
¿No hay aquí señores?

MARI-BARBA  
¿A qué la pregunta ha sido?

JUGLAR  
A que no veo que acudan, como en los otros castillos, a escucharnos.

MARI-BARBA  
Sobre que no es un hidalgo cumplido, sino una dama, la dueña de este predio y su castillo...

JUGLAR  
Para las damas también tengo donosos racimos de serranillas, villanas y cantares de ledino, muy de corte.

MARI-BARBA  
(Sin hacerle caso.) Sobre que nuestra dueña, que no ha sido dada a diversiones nunca, es viuda y guarda al marido la viudedad, y en la Corte le asesinaron al hijo; sobre que ya no sé cuántos caballeros han venido a celebrar con la dueña pactos, convenios, capítulos; sobre que nos han privado,

más, ni en salvación del ánima! (Sale Juan de Mena.) ¡Rompe la marcha, Montoro!

MONTORO  
¡Sonajadas! ¡Sonajadas! (Gritería, golpes de bombardas, tumulto estrepitoso. Mueve a andar lo cabalgada.)—TELÓN

bajo pena de sentido, a los del castillo, de llevar armas, yo adivino que hoy caballeros y dueña, y nosotros y tú mismo, que lo ignoras, nos hallamos en un suceso gravísimo que no sé, pero que trueca todo el orden del castillo. Y no digo más porque ya basta con lo que he dicho, porque soy cauta...

NUÑO  
Y porque no sabes más. No, marido ni tú tampoco.

JUGLAR  
Haya paz, que, al cabo, a mí me es lo mismo que me oigan o no señores, mientras queden pan y vino. SILVIA (Desde la puerta, mirando afuera.) ¡Una alondra!

JUGLAR  
Está en su casa, que es mañana y tiene limpio el aire.

MONTORO  
¿Alondras tenemos?  
NUÑO  
¡Mañaneros hemos sido!  
¡Canta, Juglar!

JUGLAR  
Sí que canto; que amanece, Dios y, ricos de oro de sol, por el mundo, danse a medrar los mendigos!

SILVIA  
¡Ya cantan pájaros! ¿Oyes? (A Montoro.)

MONTORO  
(Poniéndose su cabeza sobre el pecho de Silvia.) ¿Son pájaros o latidos?

SILVIA  
¡Necio!...

JUGLAR  
(A Silvia y Montoro.) ¡Venid a la vera a aprender este lay, hijos; que pájaros y juglares nos vamos dando del ritmo! (Con aire solemne.) «Rey»...

MARI-BARBA  
(Batiendo palmas.) ¡Es de Rey!

JUGLAR  
Si habláis siempre, ¿qué le dejáis a mi oficio?  
«Rey, en la collada, bajo tu cayada, por esas laderas, pacía un ganado. [ras. —Lo tendrás, privado; pide lo que quiere»  
«Rey, en la corona, sobre tu persona, vi las luces fieras de un rubí granado: —Lo tendrás, privado; pide lo que quiere» [ras.

«Rey, en ese trono, se está, en abandono, bajo tus banderas, tu cetro olvidado... —Lo tendrás, privado; pide lo que quiere»  
«Rey, no tienes oro para mi tesoro: [ras. corre a las fronteras, sé mi Adelantado. —Lo seré, privado; pide lo que quieras. «Rey, dime que es falso: yo he visto el

[cadalso, los paños, las cercas y el verdugo al lado. —Lo tendrás, privado; pide lo que [quieras!»

NUÑO  
¡Este es cantar a mi modo!

MONTORO  
Y al mio, Juglar.

SILVIA  
¡Y al mío!

MONTORO  
Y al de todas las Castillas, buena gente.

MARI-BARBA  
No he entendido palabra en ello, sino que hay alguien privado, y digo, si por ventura la causa de la privación ha sido ver un cadalso, que yo también perdiera el sentido.

NUÑO  
¡Aspente con garfios, Barba, que me ultraja tu simplismo!

JUGLAR  
(Tendiendo su vaso a Nuño.) Un vaso más, NUÑO (Llenándose.) De buen grado.

JUGLAR  
Dijo el otro «de buen vino». MONTORO (A Silvia.) ¡Uno a mí... en tu vaso, reina!

SILVIA  
Lo tendrás, privado mío. MARI-BARBA (Confidencialmente.)

Para entre los dos, Juglar, ¿Piensas que no hemos tenido nuestros romances también los de este negro castillo?

Acuérdaseme el que hicieron a nuestra dueña: se dijo delante del propio Rey, y andan aún, que es pegadizo: «¡Ah! Digan plumas, Castilla, lo que dijeron espadas; digan, digan; con el hierro, con el hierro o la mirada hiere siempre el corazón doña María la Brava.» ¡Hiere siempre el corazón! ¡Cuánta verdad!, que es el mío pobre, tembloroso y viejo; pero me lo tiene herido.

JUGLAR  
No deis nunca este romance, la buena dueña al olvido. Y ¡andando! que pica el sol y están todos los caminos abiertos al libre paso de juglares y mendigos; llenos de aventuras, pobres gentes de solar, más míos que del Rey; que el Rey los pasa, pero yo, Juglar, los vivo.

MARIA-BARBA  
No os deis prisa en escapar; no abundan por estos sitios los juglares; no penséis que nos cansamos.

JUGLAR  
He dicho, la dueña, que el sol nos llama y es la verdad; que tullidos de perlesías nos pone la humedad de los castillos.

NUÑO  
¿Vais de paso?  
JUGLAR  
Como siempre.

MARI-BARBA  
Y ¿adónde el paso?  
JUGLAR  
El destino no nos lleva, en hoy por hoy, más lejos que este castillo.

MARI-BARBA  
¿Os quedáis?  
JUGLAR  
Afuera; en una  
choza de jaras que he visto.  
MARI-BARBA  
Y ¿hay en los jarales obra  
para versos tan pulidos?  
JUGLAR  
Haila, dueña.  
MONTORO  
Hay sombra fresca  
y agua de la sierra...  
SILVIA  
Hay nidos,  
JUGLAR  
¿Queréis más?... Pero aún hay más:  
que yo, contestando, digo  
más cosas que vos, la dueña.  
Hay que con hoy cumplen cinco  
días se dijo en la Corte  
—y de la Corte venimos—  
que por dar fin a una guerra  
civil, que tiene en peligro  
la vida del reino, que  
sólo interesa al Valido,  
vendría el Rey de Castilla  
en persona a este castillo.  
Ved de enlazar mi noticia  
con el suceso gravísimo  
de que habláis vos, Mari-Barba,  
y Dios os coja contritos,  
si es para mal, y si no,  
que El os guarde, y *ipax vobiscum!*  
(Sale seguido de Montoro y Silva.)  
MARI-BARBA  
¿Que decís?  
JUGLAR  
(En las almenas.) ¡Ya nada más!  
MUÑO  
¡El Rey!...  
MARI-BARBA  
(Gritando.) ¿Qué el Rey?  
JUGLAR  
(Dentro.)  
¡Está dicho!  
MUÑO  
Teneos.  
JUGLAR  
(Con voz ya muy lejana.) ¡El sol nos llama!  
MUÑO  
(Saliendo a las almenas.) ¡Eh, juglares!  
SILVIA (Suen a su voz en las almenas.)  
¡Nidos, nidos.  
D.<sup>a</sup> MARIA (A la gritería de los criados sale.)  
¿Qué escándalo el que movéis?  
MARI-BARBA (Solicita acudiendo a su dueña.)  
¿Vos ya aquí, Doña María?

NUÑO  
¿Tan pronto?  
D.<sup>a</sup> MARIA  
Pues, ¿no me veis?  
¿Pensáis que es algarabía  
para dormir la que hacéis?  
MARI-BARBA  
Eran juglares...  
D.<sup>a</sup> MARIA  
¿Tuvieron en mi castillo posada?  
NUÑO  
Toda la noche durmieron  
y en pago, que nos dijeron  
las coplas de madrugada.  
D.<sup>a</sup> MARIA  
Pues no me parece el caso  
para el ruido que movisteis.  
NUÑO  
Es que dicen...  
D.<sup>a</sup> MARIA  
¿Es que, acaso,  
jamás posada les disteis  
a los juglares de paso?  
NUÑO  
Sí; pero éstos...  
D.<sup>a</sup> MARIA  
Estos... di  
NUÑO  
Nos dijeron... digo, si  
dáis venia, Doña María,  
que hoy... que... En suma: ¡qué vendría  
el Rey de Castilla aquí!  
D.<sup>a</sup> MARIA  
Hoy vendrá; es cierto.  
MARI-BARBA (Con sincera emoción y respeto.)  
¡Las manos  
besarle al cabo podré! |  
D.<sup>a</sup> MARIA (Sentándose.)  
¡Ay, Rey de los castellanos!  
¡Quien te tuviera la fé  
que te tienen los villanos!  
MUÑO (Acercándose.)  
¿Vendrá pronto?  
D.<sup>a</sup> MARIA  
Todo el día  
dió de plazo.  
MARI-BARBA  
(Con gran ingenuidad.) El es de ley:  
cumplirá Doña María.  
D.<sup>a</sup> MARIA (Cogiéndole la mano.)  
¡Pobre Mari-Barba mía!  
MARI-BARBA (Cobrando confianza.)  
Decidnos... ¿Cómo es el Rey? (Todos los  
Criados, se disponen a escuchar a su dueña.)  
D.<sup>a</sup> MARIA  
¡El Rey!... ¿Cómo lo imagina  
mi Mari-Barba?

MARI-BARBA  
De modo que me parece que todo,  
siendo otro sol, lo ilumina.  
NUÑO  
Y yo como una montaña  
toda de oro, y puesta en ella,  
como en engarce, una estrella  
limpia, que nada la empaña.  
Bajan del monte unos ríos  
tronando en las soledades,  
que llevan las potestades  
a los grandes señoríos;  
la estrella de unos reflejos  
suaves, porque están lejanos;  
y a esa luz tienden sus manos  
los pecheros desde lejos.  
D.<sup>a</sup> MARIA  
Sol, monte, estrellas; los dos  
decís grandezas de nombre.  
¿Qué queréis mayor que un hombre  
que tenga el sello de Dios?  
Y éste es Rey; que no encierra,  
en su destino, otro anhelo  
sino ir trazando en la tierra  
lo que le trazan del cielo.  
NUÑO  
¿Pues no es tan duro destino!  
D.<sup>a</sup> MARIA  
Sí; que no está en toda mano  
el ir haciendo en humano  
lo que Dios hace en divino;  
que hombres tú y el Rey, si os vicia  
igual pecado a los dos,  
tú das cuenta a la justicia  
y el Rey da cuentas a Dios.  
¡A Dios, que de una mirada  
cambia reyes, justiciero,  
como cambia un caballero  
por otra espada su espada! (Pausa.)  
¡Rey Don Juan, si lo pensaras,  
ni justicia negarías,  
ni monstruos ampararías  
ni a tu nobleza injuriarías!  
MARI-BARBA  
(Acercándosele compungida.) Dueña...  
D.<sup>a</sup> MARIA  
(Saliendo de su abstracción.) Di.  
MARI-BARBA  
Si el soberano  
a nuestra dueña injurió,  
¿no le valdrá serlo! ¡Yo  
no le besaré la mano!  
D.<sup>a</sup> MARIA  
¡Pobre Mari-Barba mía!  
Si oyera el Rey en su trono  
tu amenaza de este día,  
¡qué grandes burlas haría

de tu ofensa y de tu encono!  
Y mira: si el Rey supiera  
todo el candor que hay en ti  
cuando hablas de esta manera,  
siendo Rey se arrepintiera  
de haberte ofendido así.  
(La abraza, despidiéndola, y hace a todos  
gestos que se vayan. Salen por la puerta del  
fondo. Entra el Marqués de Santillana.)  
SANTILLANA  
Perdonadme: entro sin venia...  
D.<sup>a</sup> MARIA (Volviéndose.)  
¿Sois vos, Santillana?  
SANTILLANA  
Vengo para aconsejarme, más  
que para daros consejo;  
pero, como ya las vistas  
van a empezar, serán éstos,  
si vos consentís, los últimos  
capítulos que tendremos.  
D.<sup>a</sup> MARIA  
(Con muestra de fatiga; sentándose.) Hablad.  
SANTILLANA  
Va a llegar el Rey.  
Don Alvaro, que no ha hecho  
caso de vuestras injurias  
cuando entramos en sus predios  
con vuestro pendón; que ha estado,  
cuando le ofendisteis ciego,  
cuando le acusásteis sordo,  
cuando le atacásteis quieto,  
apenas pedís las vistas  
al Rey, os da asentimiento.  
D.<sup>a</sup> MARIA  
Prueba que al cabo hemos dado  
Santillana, con un medio  
de hallar justicia.  
SANTILLANA  
Y también  
prueba que con este medio  
no asustamos al de Luna.  
D.<sup>a</sup> MARIA  
¡Ni él a mi; que el triunfo veo,  
si no en mi justicia, en ser  
yo misma quien la defiende!  
SANTILLANA  
De todas suertes, bien hizo  
Alonso Pérez Vivero  
trayendo al Príncipe a vistas  
para estar al lado nuestro;  
que un Príncipe para un Rey  
es la razón de más peso.  
D.<sup>a</sup> MARIA  
Alguna ventaja irá  
buscando en ello Vivero.  
SANTILLANA  
¿Le tenéis por ambicioso?

D.<sup>a</sup> MARIA  
No; mas por traidor le tengo.  
SANTILLANA  
El se desvive por vos.

D.<sup>a</sup> MARIA  
No he menester sus esfuerzos.

SANTILLANA  
En acusar al de Luna  
ha sido de los primeros;  
él, para vuestro servicio,  
juntó lanzas, buscó pechos...

D.<sup>a</sup> MARIA  
No dan ni quitan razón  
dos mil lanzas más o menos;  
yo sola...

SANTILLANA  
¡Nunca vos sola  
sacarais vuestro derecho!  
Recordad aquella muerte  
del Alcalde de Toledo,  
la del señor de Cameros  
y tantos crímenes que,  
como escándalo no hicieron,  
se quedaron entre Dios  
y don Alvaro secretos.  
Si vos al cabo obtenéis  
justicia de vuestro muerto,  
no es recordaros servicios,  
mas todos lo habremos hecho.

D.<sup>a</sup> MARIA  
Ni yo olvido a los demás  
cuando recuso a Vivero.

SANTILLANA  
¡En él, toda la nobleza  
tiene el servidor más ciego  
de Castilla; a él el brazo  
del Príncipe le debemos!

D.<sup>a</sup> MARIA  
Y a mí me honra tanto el brazo  
del Príncipe, que, por ello,  
aunque venga con quien viene,  
de rodillas le haré pleito.

SANTILLANA  
No diréis que de estas vistas  
ventaja espere Vivero;  
que él siempre les fué contrario

D.<sup>a</sup> MARIA  
¡Y yo las pedí por eso!

SANTILLANA  
Vivero sostiene que  
si de las vistas queremos  
sacar partido, tan sólo  
la cautela nos da un medio.  
No acuséis al Condestable  
en ellas, que es darle tiempo  
de defenderse. Pedidle  
al Rey que os le entregue preso;

que con adversario astuto  
no hay más razón que los hierros.  
Nosotros, vuestra demanda  
a una voz apoyaremos;  
de que está en vos la justicia,  
haremos el juramento,  
y si el Rey vacila aún,  
mediará el Príncipe en ello.  
Vivero tan sólo pide,  
si en este paso vencemos,  
que el Rey le encargue con cartas  
de guardar por vos al preso.

D.<sup>a</sup> MARIA  
¿Y ésta es la villana astucia  
que vos y los caballeros  
me proponéis?

SANTILLANA  
Esto es daros,  
para que triunféis, un medio.

D.<sup>a</sup> MARIA  
¡Peña-Roa, mi castillo,  
ahora toco y ahora veo  
que en tu estrado es arma pobre  
la sola espada de un muerto!  
Pero, ¡vive Dios! ¿Por qué  
recelan los caballeros  
de mí? ¿Qué fuerza, qué magia  
tiene el de Luna y no tengo?

SANTILLANA  
(Insinuando.) Señora: devotamente,  
como quien levanta el velo  
de un sagrario y se arrodilla,  
más que con fervor, con miedo  
—el Condestable os amó.

D.<sup>a</sup> MARIA (En un arranque.)  
¡Yo, jamás!... Y me arrepiento:  
porque, amándole, hoy tendría  
doble furor del que tengo!  
—Y basta de esto, que sólo  
toca a Dios y yo me entiendo.  
—¿Son estos vuestros capítulos?

SANTILLANA  
Falta, señora, el postrero:  
vuestros parciales aprueban  
lo que Vivero ha propuesto:  
todos verán bien que vos  
no os apartéis de este medio  
en las vistas y os recuerdan  
que, como pacto tuvieron  
con vos, el pacto está roto  
cuando se rompe el acuerdo.

D.<sup>a</sup> MARIA (Gritería en las  
almenas.) ¡No hay pactos con el honor!  
SANTILLANA (Gravemente a doña María.)  
Lo diré a los caballeros! (Más gritería.)

D.<sup>a</sup> MARIA  
Antes mirad, Santillana

si no os cansa, qué altercado  
mueven, junto o las almenas,  
riñéndose, mis criados.

VIVERO  
(Dentro.) ¡Yo os juro que pasaré!

SANTILLANA  
(Satisfecho, dirigiéndose al fondo.) ¡Vivero!

D.<sup>a</sup> MARIA  
Debí pensarlo.  
SANTILLANA (Mirando desde la puerta.)  
¡Y el Príncipe don Enrique!

D.<sup>a</sup> MARIA  
¿Pero vienen?

SANTILLANA  
Sí  
D.<sup>a</sup> MARIA  
Veamos.  
(Entran juntos Vivero y el Conde de Plasencia: les sigue, tímido, el Príncipe.)

PLASENCIA  
Alonso Pérez Vivero  
no se aviene a lo mandado  
por el Rey, y entra con armas  
en las vistas.

VIVERO  
Me he negado,  
no por mí, por mi señor  
el Príncipe; porque extraño  
condición tan onerosa  
siendo él quien es, y así, os hago  
súplica que me digáis  
las condiciones del pacto.

D.<sup>a</sup> MARIA  
No os la diré por mí misma,  
que se resisten mis labios  
a que el Rey hable por ellos  
tal lenguaje; aquí está el pacto  
de las vistas: leed, Marqués,  
lo que en él está mandado. (Entrega un  
pliego al Marqués de Santillana.)

SANTILLANA  
«Asimismo: en estas vistas  
se hará igual ordenación  
que en Medina, la otra vez  
que el Príncipe las pidió.  
No quedará en Peña-Roa  
gente de armas, porque yo  
ceder puedo a la justicia,  
mas no doblarme al temor.  
Los caballeros que asistan  
a las vistas, porque son  
de bandos contrarios y  
para evitar mal mayor,  
entregarán sus espadas;  
asimismo lo haré yo,  
dando ejemplo, y asimismo  
mi Aposentador Mayor

Conde Palacios, con toda  
la gente de mi pendón.  
Los diez carros que me siguen  
llevan mi tienda, ración  
para mis caballos, víveres  
para mi casa, que yo  
no es bien que haga marchas solo,  
cuando toda la Nación  
mueve conmigo.—Sabido  
que no puedo sin baldón  
rendir la espada a un vasallo,  
siendo de todos Señor,  
temporalmente, y tan sólo  
porque quiero y puedo, yo  
libro al Conde de Plasencia  
del pleito que me juró.  
A él todos los caballeros  
darán sus armas; que no,  
por sólo hablarse de espadas,  
se entienda esta condición  
de ellas tan sólo; a él, llegando,  
rendiré mi espada yo.»  
Dice el pacto.

VIVERO (Al Conde de Plasencia.)  
Tomad, Conde. (Le da su espada.)  
PLASENCIA  
¿No lleváis otra arma?  
VIVERO (Con brusquedad.)  
¡No!

PLASENCIA  
Es el deber quien pregunta  
no le responda el rencor. (Se acerca con  
grandes muestras de respeto al Príncipe.)  
Consideradme hoy, Alteza,  
vuestro escudero, que no  
vuestro enemigo, y pasadme la espada.

PRÍNCIPE  
Tomadla vos.  
(El Conde de Plasencia se arrodilla y le quita  
la espada del cinto: le hace homenaje y  
sale con esta esta espada y la de Vivero.  
Pausa: Vivero se hace a un lado y deja paso  
al Príncipe. Este llega al centro de la escena  
y queda clavado allí, porque ve a Doña  
María que le sale al encuentro.)

D.<sup>a</sup> MARIA  
Si el penetrar vos aquí,  
Alteza, en todo momento  
fuera en vos desprendimiento,  
fuera confusión en mí;  
hoy que Castilla os proclama  
archivero de su ley,  
que venís pidiendo al Rey  
Justicia para una dama,  
no creo, Príncipe, que es  
maravilla que, al entrar,  
mis labios quieran besar

las huellas de vuestros pies.

PRINCIPE

Alzad, señora, aunque sé que es el ruego contra mí; que, si os hablo estando así, viéndoos en pie callaré.

D.<sup>a</sup> MARIA

Antes, por el vasallaje le negué a mi soberano, dejad que haga en vuestra mano de mi castillo homenaje. (El Príncipe la ayuda a alzarse.) Penetráis en mi solar, Príncipe, y amargamente sólo os ofrezco, al entrar, cenizas en el hogar, ceniza sobre mi frente. En sus aforros doblados mis pendones, enlutados los cuarteles de mi historia, porque con los injuriados no tiene qué hacer la gloria. No queda en mi estrado, honrada mano que busque la vuestra; que una baja cuchillada dejó en su sitio la espada, pero cercenó la diestra. La encomienda que dejó él, muriendo, yo os lo digo, que mi mano la escribió: (Tomando la espada de Don Alfonso y volviendo a dejarla.)

«Nadie me mueva que no que no vengue a Estúñiga conmigo.» Yo os hago la pleitesía de mi castillo y su espada; otra en pliegos la pondría; yo no, que con la hidalgua de mi palabra empeñada, no pueden, Príncipe, nada los juramentos del día.

(Santillana aparece precediendo a los nobles parciales de Doña María.)  
SANTILLANA (A los nobles que le siguen.) ¡Entrad a rendir, que es ley, vuestro homenaje a su Alteza, ya que halla en él la nobleza quien salga por ella! (Clarines: gritería.)

ALVARO DE ESTUÑIGA

(Entrando.)

¡El Rey!

D.<sup>a</sup> MARIA

Entrad, ¡llegad! ¿Qué os detiene ni cuál es vuestro linaje, que ibais a hacer vasallaje y dudáis porque el Rey viene? ¿Vacilaréis?... Dos caminos os ofrezco y dos estrados;

esle, de los injuriados, (Señalando a la izquierda) aquel de los asesinos. (A la derecha los caballeros, y el Príncipe con ellos, toman plaza en las sillas a la izquierda.)

D. ALVARO

(Entrando, al Rey, que le sigue inmediatamente.) Este es el viejo solar de Estúñigos y Guzmanes.

(Va entrando el séquito del Rey: entre el séquito, Reina Isabel, dama Catalina, dama Rosa Sol, doña Juana Mendoza, doña Elvira Sandoval, Condesa de Medina, Conde Palacios, Conde de Plasencia, Montoro, Juglar, Silva, Nuño, Mari-Barba, Morales, Criados, Caballeros, Villanos etc.)

REY (Al Condestable.)

Maestre: nuestros afanes nos ha costado llegar.

D. ALVARO

¡Quedan más!

REY

Siempre anuncias trabajos

D. ALVARO

(Desde el centro de la sala a doña María.)

Pero, ¿qué os pasa, señora, que no le dais juro al Rey de vuestra casa?

D.<sup>a</sup> MARIA

Condestable: en el seguro de mi castillo esta vez no entra el monarca, entra el juez, y el juez siempre tiene juro.

REY (Pasando a saludar a sus enemigos, mientras los de su corte se van acomodando en los estrados de la derecha. Al Condestable.)

¡Oh, Condestable! Abreviad, cuanto podáis la fatiga de este paso.

D. ALVARO

Vuestra honra...

REY

Mi honra está cansada.

(Poniendo la regia mano en el hombro del Príncipe.) Digan

lo que quieran lenguas, Príncipe, yo siempre tengo alegría de verte; tú también das muestras de estar con fatiga (A D.<sup>a</sup> María)

Os juro que os tengo en tanto, afecto, doña María, que ver por vos contra mí mi sangre me causa envidia.

D.<sup>a</sup> MARIA

Perdonad, Rey, que no sepa escuchar sin maravilla que esté contra vos, estando, como estoy, con la justicia.

ALVARO DE ESTUÑIGA

¡Contra vos, nunca!

REY

(Finamente irónico.) Ya entiendo, Estúñiga: no va fría la empresa de aquellos pagos de las rentas de tu villa.

SANTILLANA

Primero que contra vos...

REY (A fable, un poco displicente.)

Santillana: ayer decía la Reina que está orgullosa de las coplas que le envías. Vi tu soneto: no encuentro que peque de ancha la rima, pero es acabado.

SANTILLANA

Alteza: me envaneceis...

REY

Tú podrías cederme un pie que me falta de una mala serranilla que hice a tu modo.

SANTILLANA

¡Señor!...

REY (Descubriendo a Vivero, con ironía.)

Vivero: tú, al fin, debías acabar así. Te he dado muestras de afecto tan vivas, que la ingratitud del tiempo de seguro te tenía predispuesto contra mí.

VIVERO

No contra vos: hay altivas cabezas junto a la vuestra.

ALVARO DE ESTUÑIGA

Hay sombras.

SANTILLANA

Hay tiranías privadas.

REY

(Haciéndoles gesto que callen con la mano, y pasando al Condestable.)

¡Bien, bien, dejad que ahora empezarán las vistas!

D. ALVARO (Al Rey.)

La que escojáis, vos, señor, esa será vuestra silla.

REY

Ya os entiendo, Condestable. (Señalando a la silla que hay en el estrado.) No hay duda que esta es la mía; pero, como veo en ella este signo, que me indica que la ha tomado la muerte tras de dejarla vacía, su jerarquía no niego yo, que hago las jerarquías;

siendo el Rey, a los pies de ella colocaré yo mi silla, que, al cabo, es mortal un rey, y aunque mi frente esté unguada, donde está la muerte, tiene la muerte la primacia.

D. ALVARO

Para el Rey y por el Rey, declaro abiertas las vistas. Queden, haciendo la sala, por los farautes, Castilla; por los contadores, Castro; por los pajes, los del día. De mi casa, yo tan sólo; de las damas, las que elija la Reina, si viene en ello; que, al fin, su presencia explica ser dama quien nos hospeda; los demás, hagan salida, que el Rey da venia y les tiene merced de la compañía. (Movimiento en la sala; don Alvaro da todavía sus órdenes al Conde Palacios.) Cuanto al aposentamiento del Rey, esta orden escrita, sin poner ni quitar nada, cumplirás. Te va la vida. (Le da un pliego. Sale el Conde Palacios después de los demás. Dos pajes del Rey, que quedaban a la puerta, la cierran tras él.)

REY

No espero que hable el faraute; yo mismo, doña María de Guzmán, os hago instancia que me digáis en qué os sirva.

D.<sup>a</sup> MARIA

Y yo no espero que el Príncipe os hable, por mí, en las vistas; que lo que cualquier vasallo de un monarca esperaría, no daréis lugar que el Príncipe, siendo vuestro hijo, os lo exija: justicia os pido, señor, y es bien poco que la pida.

REY

¿Tan remiso y parco andáis, Condestable, en la justicia, que están sin ella las nobles ricas hembras de Castilla?

D. ALVARO

Alteza: cuando la muerte de su hijo, doña María, por ser justicia en su causa, rechazó vuestra justicia. Y aunque es fuero de su casa, que olvidado se tenía, no siendo el monarca yo;

todos los fueros me obligan.

REY  
¿Y a ello respondeis?

D. MARIA  
Que es cierto,  
Alteza: que hice justicia  
en mi causa, según fuero  
de mi estirpe, por mí misma.

REY  
Y ¿habéis hallado?  
D.ª MARIA  
Y hallé.

REY  
¿Tenéis pruebas?  
D.ª MARIA  
Infinitas. (Murmuros y comentarios entre los parciales suyos.)

REY  
¿Sentencia?...  
D.ª MARIA  
De vos la espero.

REY  
¿No dudáis?  
D.ª MARIA  
¡Necio sería!

REY  
Y ¿es grande el culpable?  
D.ª MARIA  
Tanto  
como el odio que me inspira. (Mayor desaprobación entre los parciales suyos.)

REY  
Doña María Guzmán:  
decid, en nombre de Dios,  
el del culpable, y os juro  
que he de sentenciarlo yo.

ALVARO DE ESTUÑIGA  
¡Vivero: hablad! (Murmullos.)  
D. ALVARO  
¡Callen todos!  
SANTILLANA (A Estuñiga.)

REY  
Es dama, y el corazón  
manda en ella.  
VIVERO  
¡Antes que el nombre,  
decidle la condición  
de la sentencia, y el modo  
como he de cumplirla yo! (Aprobación de  
sus parciales, indignado, yendo a él.)

D. ALVARO  
¡Alonso Pérez Vivero:  
sabed que no puso Dios,  
ni modos en las sentencias  
ni en la muerte condición!  
La justicia es una sola,  
y pues el Rey, mi señor,  
quiere hacerla, ¡otros le pongan

condiciones, que yo no! (Tumulto.)

REY  
¡Esta es mi Castilla! ¡Hablad,  
que se agranda el corazón!

ALVARO DE ESTUÑIGA  
¡Cuidad que tenemos pacto,  
doña María; que no  
somos con vos fuera de él!

D.ª MARIA  
¡No hay pactos con el honor!  
¡Si estoy sola, es que vosotros  
no llegáis adonde yo! (Avanza unos pasos  
hacia don Alvaro: expectación.)

CONDESTABLE DE CASTILLA  
¡Gran Privado, gran señor  
de las honras castellanas,  
aunque os abortó Aragón:  
¿qué habéis hecho de mi sangre?...

UN HIJO TENIA YO  
que, si no adorara en él,  
non tuviera corazón;  
tan tierno que, por no verle  
llorar, no lloraba yo;  
tan fuerte que, entre sus puños,  
toda mi vida metió,  
tan noble que, al nacer él,  
creció en Castilla el honor.  
¿Qué habéis hecho de mi sangre,  
mal nacido en Aragón?

SI OS ENGENDRÓ UNA VILLANA.  
¿qué culpa tenía yo?  
El hijo que aquella noche  
me matásteis a traición,  
me está diciendo que os llame  
delante del Rey, traidor.  
Condestable de Castilla:  
¡no muera en Castilla yo,  
si la sangre de mi muerte  
no cae toda sobre vos! (Vivos movimien-  
tos de animosidad en el bando del Rey.)

PLASENCIA (Indignado.)  
¡Injuria!  
D. ALVARO (Con serenidad y con imperio.)  
¡Nadie se mueva

que no sea de mi casa!  
Si he quedado solo yo  
para defenderme, basta.  
Sois madre, doña María  
de Guzmán, madre, y es santa  
vuestra pasión, con que fuerzas  
para evitarla me faltan.  
Vuestra acusación es tal,  
que me deja sin palabras.  
Tenéis pruebas infinitas,  
dijísteis, para apoyarla:  
sois feliz, doña María,  
que con una sola basta

para condenarme. Vuestro  
me tenéis para la causa  
el día que la señale  
Pero López de Guevara,  
Justicia Mayor del Rey,  
y estaremos en la sala  
el Justicia, vos y yo  
aquel día.

ALVARO DE ESTUÑIGA  
(Entre los murmullos de los suyos.)  
¡Fecha larga  
para acusación tan brevel  
REY (Dominando a la asamblea.)  
Condestable: yo me holgara  
de no apiazar la verdad  
y ver hoy mismo la causa.

SANTILLANA  
¡Yo soy con el Rey!  
VIVERO  
¡Callad!  
(El Príncipe se acerca a la puerta, como dis-  
poniéndose a salir; Vivero se le reune alerta;  
desde este instante no abandonan el primer  
término estas dos figuras.)

D. ALVARO  
Rey Don Juan: no hay fuerza humana  
que me aparte de lo dicho;  
vuestro servicio lo manda

REY  
Mi servicio es la justicia,  
y no hay razón de aplazarla.

D. ALVARO  
¡Rey Don Juan!  
D.ª MARIA  
Si fuera cierta  
vuestra inocencia, ¿os negarais,  
Condestable?

D. ALVARO  
(Agriado, como quejándose de doña María  
con pasión.) Sin burlar  
la justicia me importara,  
¿os diría a vos que fuerais  
parte conmigo en la sala?

ALVARO DE ESTUÑIGA  
(Saliendo al centro, como retando al de Luna)  
¡No es válida la sentencia  
que pronuncie el de Guevara,  
porque os debe el cargo a vos!

D. ALVARO  
¡Mentís vos, si ponéis mancha  
en el honor de un ausente  
que es justicia del Monarca!  
(Transición, a doña María.)  
Cuanto a vos, si sospecháis  
de vuestro juez, siendo dama,  
vos misma sentenciaréis:  
¿queréis más en mi descarga?

D.ª MARIA  
¡Sí; que mi sed de justicia  
abreviéis teniendo el agua!  
Porque hoy sois mío, y de vos,  
¿quién me responde mañana?

D. ALVARO  
¡Mi palabra! (Murmullos.)  
REY  
¡Oh, Condestable,  
vuestra terquedad me cansa!

D. ALVARO  
¡Rey Don Juan!  
PRINCIPE (A Vivero.)  
Le harán hablar  
¡y nos condenan si él habla!

VIVERO  
No, mientras tenga yo el medio  
de arrojarle de la sala. (Empujando a los  
caballeros; abriéndose paso hasta el Rey, lla-  
mando sobre sí la atención de los presentes.)

ALTEZA: cuando así acusa  
una rica-hembra agraviada;  
cuando un Condestable, así,  
con resistencias sin causa,  
a una acusación sujeta  
lo que un fallo le soltara;  
cuando no evita sospechas,  
Rey, la voluntad más cándida,  
hay sólo un medio que acabe  
con todas las suspicacias:  
¡la prisión para el culpado,  
mientras las pruebas se fallan!  
(Se acerca al de Luna; se ve vacilar al Rey,  
ganado por el gesto decisivo de Vivero.)  
¡Señor: mis manos esperan  
que pronuncieis la palabra  
para ejecutar!

VOCES DE LOS PARCIALES  
¡Prisión!  
¡Prendedle!... ¡Prendedle!  
D. ALVARO  
(Midiendo el peligro; viendo la vacilación del  
Rey y deshaciéndose bruscamente del de Vi-  
vero, que ya casi le tiene cogido.) ¡Basta!

¿Seré necio, soportando  
tanta sinrazón? ¡Infaman  
mi lealtad vuestros odios  
cuando más sirvo al Monarca?  
¿Y me acusáis? ¿Y sois vos,  
vos, vos, serpiente villana?...  
¡Morales: abre esas puertas,  
que mi paciencia se acaba! (El paje abre  
ambas puertas y aparecen las almenas toma-  
das por gentes de armas. Indignación y  
asombro en todos, menos en don Alvaro.)  
Ahora avanzad; ahora haced  
injuria al Monarca en mí,

(y correrá sangre aquí  
con que aplaque vuestra sed!  
REY (Indignado, vuelto al Condestable.)  
¿Armas, traísteis?

SANTILLANA Y VIVERO  
¡Traición!

D.<sup>a</sup> MARIA

Y ¿aun pediréis que demuestre,  
después de esta humillación,  
estras traiciones, M<sup>re</sup> estre?  
Rey

Los pactos que yo sellé  
con mi honor, no con mi sello,  
atropellásteis, porque  
no cumplirlos fué atropello.  
Condestable... Habéis usado  
de mi merced torpemente;  
con infamia habéis llegado  
a mi corona en mi frente;  
y con tales atropellos,  
entre estos nobles que odiáis,  
de tal modo me dejáis,  
que soy el último de ellos.  
Decid: ¿por qué, miserable  
temor, por qué villanía  
tuerce una palabra mía  
la traición de un Condestable?

D. ALVARO

Rey: vos sois grande. Castilla  
no os tachará de traición,  
porque sois la encarnación  
del honor en vuestra silla;  
no os puede manchar el nombre  
todo el fango de esta mano;  
que no hacen a Dios villano  
las villanías del hombre.  
Pero en las viles acciones  
¿que os quedaría que hacer,  
Rey; no pudiendo oponer  
traiciones a las traiciones?  
Para ello el Cielo me dió,  
si a vos no, la facultad,  
y para ello, majestad,  
soy vuestro criado yo.  
Si me acusan de atropellos  
vuestros vasallos, señor,  
no me quejo, que mi honor  
no tiene las leyes de ellos;  
pero, si vos me acusáis  
cuando los nobles me acusan,  
ello, aun cuando vos lo hagáis,  
mis oídos lo recusan.  
Soy un alma, no una lanza  
que mováis a vuestro agrado;  
no me dais vuestro mandado,  
sino vuestra confianza.  
Y así, Rey, habéis tenido

un liviano ofuscamiento  
y, sin quererlo, habéis sido  
menos grande que el momento.  
Pudisteis pensar, señor,  
que, cuando así procedía  
un maestro, no sería  
por gusto suyo traidor.  
Sin armas pactóse, es cierto,  
que a las vistas se vendría;  
pero en las vistas, hoy día,  
lo más grave es lo encubierto;  
y yo no conozco ley  
que mande a tus servidores  
traer indefenso al Rey  
¡a discutir con traidores!

D.<sup>a</sup> MARIA

¡Santillana: está lanzada  
la injuria! ¿Por qué calláis  
y, aunque os quitaron la espada,  
con vuestros puños no habláis?

D. ALVARO

Callarán de todos modos,  
noble dama, y es razón,  
que, como hablé de traición,  
todos sospechan de todos.  
Pero no; yo corro a daros  
respiro. Pérez Vivero:  
mostradle al Rey que no quiero,  
sin tener causa, injuriaros.

D.<sup>a</sup> MARIA

¡Es él!

D. ALVARO

Tacháis al de Luna  
porque armas trajo. Ahora ved  
cómo éste tuvo en merced  
de quedarse con alguna.

VIVERO

Lo niego! ¡Me calumniáis!

(A sus parciales, reclamando su auxilio)  
¿Y vosotros veis callados...?

D.<sup>a</sup> MARIA

¡No; mandaré, si os negáis,  
que os desnuden mis criados!

D. ALVARO

(Con desdén y con imperio.) ¡Mis lanzas!

VIVERO

(Entregándose, al ver que no le defienden  
los suyos y que el Príncipe calla.)

¡No faltan ya!

(Entregando a Don Alvaro una daga.)

Mas ved que, si la ocultaba,  
bien estaba donde estaba...

D. ALVARO (Tomándola.)

Mejor está donde está. (Leyendo.)

«Por tu poder al poder»,  
dice esta daga, y así,  
yendo destinada a mí,

mía tenía que ser.

VIVERO

Si os la destiné, Privado,  
no me faltaba razón.

D. ALVARO

¡No! Y ésta es la explicación,  
Alteza, de mi atentado.  
(Desdobra un pliego.)

Ahora hacedme la merced  
de preparar vuestro juicio,  
caballeros, que es servicio  
del Rey Don Juan. Atended: (Lee.)  
«Al Príncipe Don Enrique  
y a toda la noble gracia  
de su Alteza. Salud siempre.  
En Peña-Roa no hay nada  
que pueda estorbar las vistas,  
con que es forzoso arrostrarlas.  
Si teméis al Condestable,  
razón de más en mi causa;  
venid a vistas, que, al cabo,  
a mal paso grande audacia.  
Yo no temo que el de Luna  
pueda acusarnos; mas, si habla,  
para abreviarle razones,  
tendré yo muy buena daga.  
Si las vistas dan su fruto,  
el Rey dará, al cabo, cartas  
que prendan al Condestable,  
y yo he de entrar en la danza,  
que está acordado que yo  
le guardaré; no se vaya  
vuestra Alteza de la lengua,  
que yo me iré de la daga;  
piense que en estos son buenos  
los muertos, en que no hablan.  
Vea, pues, que nuestro asunto  
no lleva tan mala marcha.  
Todo esto con la Guzmán  
irá ganando su gracia,  
que aunque es belleza en la tarde,  
aun da envidia a las mañanas.  
De vuestro siervo humildísimo,  
dado en Peña-Roa...»

D.<sup>a</sup> MARIA

¡Basta!

que, aunque de traidor, ofende  
saber que hay nombre que ampara  
tanta villanía...

D. ALVARO

(Acabando de leer.) «Alonso  
Pérez de Vivero.» La carta  
no dice más. (Don Alvaro entrega el pliego  
al Príncipe.) Con retraso  
llega, Alteza, a vuestra gracia;  
mas bien castigué al criado  
que se da tan malas mañas

para serviros: cayeron  
sobre su espalda mis lanzas  
y le prendieron.

D.<sup>a</sup> MARIA

Exijo que me expliquéis...

D. ALVARO

Noble dama:

yo explicaré. Don Enrique,  
el Príncipe que os ampara.  
Don Alonso, vuestro hijo  
(y en ello veréis la causa  
del celo que por él muestra),  
y el de Vivero, tramaban  
un alzamiento en el reino  
para quitarle al Monarca  
la corona. (Sensación. Don Enrique, con su  
ceridad, y Vivero al mismo tiempo que él.)

PRINCIPE Y VIVERO

¡Es impostura!

D. ALVARO (Acercándose al Príncipe.)

Y de este asunto os hablaba,  
Príncipe—pensadlo bien—,  
el de Vivero en su carta.  
Por eso os dice *son buenos  
los muertos, en que no hablan*;  
porque Don Alonso muerto,  
nadie por él sabrá nada...  
¿No es cierto?

PRINCIPE

Vos lo decís...

D. ALVARO

Yo lo digo; mas no basta;  
algún sentido he de darle  
a esta frase en esta carta.

D.<sup>a</sup> MARIA

¡Hablad, Príncipe!

D. ALVARO

Dejadle.

Ved, Alteza, que la gracia  
del Rey, si con un vasallo  
se ejercita sin forzarla,  
con un hijo el mayor crimen  
la halla pronta. ¿No os hablaba  
de esta liga contra el Rey  
Pérez Vivero en su carta?  
¡responded!

PRINCIPE

(Como sugestionado.) Sí.

D. ALVARO (Triunfalmente, a la asamblea.)

Ya escuchásteis:

Rey, apercibid la gracia.

REY (Con severidad.)

Haced vos según la ley,  
que ella está sobre el Monarca.

D. ALVARO (Habida venia del Rey.)

Alonso Pérez Vivero:

sois preso.—Alteza: mañana,

haciendo a Dios juramento de hablarme verdad, y en sala secreta conmigo, en este asunto de que él os habla, me diréis qué parte tenga Vivero; porque me tarda de hacer tal justicia en él, que acabe con él la casta de criados ambiciosos. (Inclinándose ante el Rey.) Con vuestra venia, Monarca.

(Dirigiéndose a la Asamblea.)

y en esto van mis excusas de venir aquí con armas. Alteza: doña María, creo que con esto basta.

¡Concluyeron estas vistas!

ALVARO DE ESTUÑIGA

¡Por sorpresa!

SANTILLANA

¡No son válidas! (Vivero va a retirarse.)

D. ALVARO (A Vivero al paso.)

Y sabed que si andáis suelto, aunque os vigilen mis lanzas, es por no ofender con grillos la lealtad de la casa. (Volviéndose a doña María.) Mas, como respondo de él, y está en mi guarda el Monarca, doña María, las llaves del castillo y sus entradas le pediré a vuestro alcaide; no creo que ha de negarlas. Y tendré a honor, mientras dure en Peña-Roa la estancia, siendo alcaide de ella, ser criado de vuestra casa. (Se inclina el de Luna y sale después de hacer reverencia.)

## ACTO TERCERO

El ala del castillo que tiene reservada para sus habitaciones Doña María López de Guzmán y Estuñiga. Es la noche misma del día en que han tenido lugar las vistas. En la escena se representa la antecámara de dichas habitaciones. Tiene, al fondo, una puerta con tapiz brocado que da ingreso a ella. En el rincón derecha, una enorme reja cuyos portones estarán abiertos y a través de la cual puede verse un cielo sereno, de primeras horas de la noche, que ilumina una luna clara. Desde la rinconada viene el muro lateral derecha hasta primer término. En este muro las molduras y decorados toscamente góticos de la piedra disimulan en absoluto una puerta secreta que se abre de jugar en el momento oportuno. El muro de la izquierda forma ángulo abierto con la pared del fondo. En dicho muro hay una puerta con dos hojas, una de las cuales estará abierta, comunicando con las habitaciones propiamente dichas de Doña María. Junto a dicha puerta está, con lanza en ristre y gran plumaje negro, la armadura de Don Alonso. En la hoja cerrada de la puerta, la espada del muerto, que figura también en el acto anterior. Habrá entre la reja del fondo y la puerta de ingreso una mesa capaz y alargada. A la izquierda, en primer término, otra mesa con tapiz vellutado verde. Sillas junto a estas mesas; bancos de roble y cuero por la escena. Al levantarse el telón se hallan en escena, sentados o de pie, junto a la mesa del primer término, Juana Mendoza, Condesa de Medina, Elvira Sandoval y Conde Palacios.

D.<sup>a</sup> JUANA MENDOZA

Pero, ¿no dijiste, Lacios, que saldría a hacernos sala doña María?

PALACIOS

Yo dije que me han dicho que cenaban

SANTILLANA

Ya os dije yo que el de Luna no les temía a las vistas...

D.<sup>a</sup> MARÍA

Y yo que Pérez Vivero era un traidor. (Al Príncipe.) Señoría: si es verdad que con Alonso de Guzmán hicisteis liga, todas las palabras tuyas las mantengo como mías. Señor... En mi estancia, a solas, os quiero esta noche misma recibir; de vuestros labios saber quiero en qué mentiras la astucia del Condestable se apoyó para estas vistas. ¿Acudiréis?

PRÍNCIPE

Acudir. os juro, doña María,

D.<sup>a</sup> MARÍA

¡Ah, se romperá el nublado! Caballeros de mi liga: yo os suelto de todo pacto; que es cárcel la casa mía, y donde mandan cadenas la fidelidad no obliga. (Subiendo las gradas del estrado.) Y si el corazón no engaña, y si en esta noche misma rompe una tormenta el cerco de nubes que nos domina, decidle al Rey, caballeros, decidle al Rey y a Castilla, que ha sido el rayo esta espada y el vendaval mi justicia. (Toma la espada y, llevándola abrazada sobre su pecho, inicia la salida hasta su estancia.)—TELÓN

esta noche, aquí, con ella sus parciales.

ELVIRA SANDOVAL

Pues amaina,

si pensabas hacer mesa, Conde Palacios, las ganas.

PALACIOS

¿Llegamos a misas dichas?

ELVIRA SANDOVAL

No; sino a mesas alzadas.

PALACIOS

Es cierto. Y ¿adónde voy a estas horas?... El monarca quedó, al cabo, en el castillo; no ha salido de su estancia ni para la cetrería ni para el alarde de armas, y él suele cortar de noche su buena carne afumada... Es el momento de hacerle reverencia.

ELVIRA SANDOVAL

(Teniéndole de la manga.) No hay posada con el Monarca, Palacios. Hubo, al parecer, borrasca entre el de Luna y la Reina; la montería, que estaba pintiparada, aplazóse; y las puertas de la estancia regia están, toda la tarde, a todo el mundo cerradas.

PALACIOS

Pues, ¿qué hago yo?

ELVIRA SANDOVAL

Pasar hambre.

D.<sup>a</sup> JUANA MENDOZA

¡Los héroes no comen!

PALACIOS

Basta. De esta hecha se acaba todo, Palacios, de aquí no pasas. ¿Venis? Porque ya estoy harto de vuestros caprichos, damas.

ELVIRA SANDOVAL

¡Conde Palacios!...

D.<sup>a</sup> JUANA MENDOZA

Dejadle, que él tiene la puerta franca. Vete en paz, Conde Palacios; que a fe que no ha de hacer falta quien, al salir, nos ampare con su brazo y con su espada, estando entre caballeros y estando aquí Santillana.

PALACIOS

¿Oh, Santillana! Ya has dicho, finalmente, Santillana.

«Marqués...» «Me han dicho Marqués...»

«¡Oh, Marqués! ...» Todas las damas le dan del Marqués a pasto porque de Francia y de Italia se trae los usos y viste con tan extrema elegancia que es un portentoso. ¿Un portentoso? ¿Quién dice que esta mañana estaba en punto de vistas

—que, al cabo, es audiencia de justicia—aquél ropón brochado, al modo de Italia, sin aforros? ¡Comparadlo con el traje a nuestra usanza, vellud vellutado y pieles que el de Cameros llevaba, y decidme, y yo me rijo por vuestra sentencia, damas, quién acertó de los dos.

D.<sup>a</sup> JUANA MENDOZA

Conde Palacios: me cansas.

PALACIOS

Pero, ¿qué hacemos aquí?

D.<sup>a</sup> JUANA MENDOZA

Tú has de verlo. Vine a caza de noticias, y no deo, así me aspen, esta sala si no me marchó con ellas.

PALACIOS

La dueña no lleva trazas de recibiros.

D.<sup>a</sup> JUANA MENDOZA

Me quedan sus parciales.

PALACIOS

¿No ves, Juana,

que nos han dejado solos y que, para hablar, se apartan de nosotros?... Saben ellos que tenéis la confianza del de Luna y os esquivan: dejemos para mañana las pesquisas.

D.<sup>a</sup> JUANA MENDOZA

¡Hoy serán, todo se trama!

PALACIOS

Pues, si no amanece Dios, no creo que medres, Juana; que no han de hablar ellos, con la enemistad que os separa.

D.<sup>a</sup> JUANA MENDOZA

Somos damas, y no hay enemistades con damas.

PALACIOS

Eso ha de verse.

D.<sup>a</sup> JUANA MENDOZA

Ahora mismo.

PALACIOS

No sé cómo.

D.<sup>a</sup> JUANA MENDOZA

(Llamando.) ¡Santillana! ¡Oh!... no podía faltar.

PALACIOS

«¡Marqués!»

D.<sup>a</sup> JUANA MENDOZA

(A Santillana.) Marqués...

SANTILLANA

(Besándole la mano.) Doña Juana.

(Besa en seguida la mano a Elvira Sandoval y a la Condesa de Medina, que han seguido la a Mendoza. El Conde Palacios dice, un poco contrariado, observando a Santillana.)

PALACIOS

Y no entiendo... El mismo corte... la misma estofa en las mangas... ¡Pero no vale, no siendo el Marqués de Santillana!

SANTILLANA

¿Tan pronto os vais?...

D.<sup>a</sup> JUANA MENDOZA

No pudiendo

ya que cuidados la embargan, saludar a la Guzmán, nos recogemos.

SANTILLANA (Mirando por la reja.)

Miraba cómo está la luz del cielo, para deciros mañana cuánta claridad le quitan tres estrellas que se apagan.

ELVIRA SANDOVAL

Estáis galante, Marqués.

SANTILLANA

¿Pues hoy las verdades pasan por galantería?

D.<sup>a</sup> JUANA MENDOZA

¿Visteis si Doña María estaba satisfecha de las vistas que tuvimos de mañana?

SANTILLANA

¡Oh, no me habléis de las vistas, que es crueldad, Doña Juana, ahora que las gozo buenas, el recordarme las malas!

CONDESA DE MEDINA

Dejar con sus desventuras a la Guzmán en su estancia no es humano... ¿Qué hará sola?

SANTILLANA

¡Oh, reza, que se le pasan las horas, sin darse aliento! Y ya es cosa aparejada con la desventura el rezo; que al cabo, es la voz del alma

CONDESA DE MEDINA

¿Vosotros rezáis también?

SANTILLANA

Nosotros le hacemos sala de respeto; que, aunque está doña María en su casa, como vuestro Condestable la tiene toda tomada, no era razón al arbitrio de su enemigo dejarla.

D.<sup>a</sup> JUANA MENDOZA

No es un enemigo el de Luua.

SANTILLANA.

Ya me han dicho que ordenaba ronda para la alta noche, y que él mismo va a llevarla.

ALVARO DE ESTUÑIGA

Santillana: no digáis lo de la ronda a las damas, que, como ninguna sabe, siéndoles nueva la estancia, si en ella hay puerta secreta, no dormirán con el ansia.

ELVIRA SANDOVAL

¡Y es cierto!

ALVARO DE ESTUÑIGA

Yo os aseguro que estoy sintiendo en el alma no ser parcial del de Luna, porque esta noche cargaba con las llaves de la ronda.

D.<sup>a</sup> JUANA MENDOZA

¡Váleme, Dios, qué palabras atrevidas!

ALVARO DE ESTUÑIGA

¡Castigadme

sin compasión por la audacia!

D.<sup>a</sup> JUANA MENDOZA

Bien lo merecéis, Estuñiga, pero me faltan las armas.

SANTILLANA

Pues ¿no es en los ojos donde lleváis los filos las damas?

D.<sup>a</sup> JUANA MENDOZA

Vos no me habléis ya; marqués, porque me marchó con valía viendo que guardais secretos para mí.

SANTILLANA

Pues ¿qué guardara

de vos, si no, cuando veo que estáis ganandome el alma?

D.<sup>a</sup> JUANA MENDOZA

Estas maneras, Marqués, son las que traéis de Italia: al que disgustáis con hechos, contentarle con palabras.

SANTILLANA

¿Qué pude yo disgustaros...?

(Entra con el rostro velado dama Catalina; mira a todas partes; el marqués calla al verla; dama Catalina se le acerca.)

CATALINA

¿Doña María...?

SANTILLANA

En su estancia.

(Sale dama Catalina por la izquierda.)

CONDESA DE MEDINA

¿Quién es?

SANTILLANA (Encogiéndose de hombros.)

Llevaba tal paso...

D.<sup>a</sup> JUANA MENDOZA

¿No era Catalina, dama de la Reina?

ELVIRA SANDOVAL

Tal parece.

D.<sup>a</sup> JUANA MENDOZA (A Santillana.)

Pues, ¿por qué se recataba?

(Santillana vuelve a encogerse de hombros.)

¡Oh, tampoco respondéis!

Vamos, vamos, que me amarga tal descortesía en vos.

(Los caballeros se inclinan, saludándolas.)

¿Qué haces, Palacios? ¿Qué aguardas?

(Levantando con sus propias manos la cortina.) Si he de servirme yo misma,

¿para qué nos acompañas?

(Palacios, que está distraído, acude a quitarla el cortinón de las manos, muy irritado.)

PALACIOS

¡Oh, se acabó de esta vez!

¡Palacios: de aquí no pasas! (En cuanto cae el tapiz, los caballeros, con aire de gran secreto e interés, vienen a primer término, rodeando a Santillana y Estuñiga.)

ALVARO DE ESTUÑIGA

¿Era dama Catalina?

SANTILLANA

La misma.

ALVARO DE ESTUÑIGA

Ya es indudable, Marqués, que toca a su ruina la fuerza del Condestable.

SANTILLANA

¿Pensáis vos...?

ALVARO DE ESTUÑIGA

Puesto que viene de nuestra Reina la dama, ya es cierto que el Rey se aviene a ser parte en nuestra trama.

SANTILLANA

Mucho creo que ha durado con el Rey la discusión.

ALVARO DE ESTUÑIGA

Tres veces dió y ha negado el mandato de prisión.

SANTILLANA

Pero, al fin...

ALVARO DE ESTUÑIGA

Pues ha venido dama Catalina, creo

SANTILLANA

Así estaba convenido.

(Aparece en la puerta de su estancia la noble figura de doña María, apoyada en el hombro de dama Catalina.)

D.<sup>a</sup> MARÍA

Aquella fiera señal de acabar un poderío

dióla el Rey, y es su final; pero es el comienzo mío. Dióme palabra y cumplióla la Reina: en mí confiad y esta cámara dejad, porque me importa estar sola.

SANTILLANA

Saldré con mis caballeros, pues que lo mandáis, mas no olvidéis que *alguien* os dió su fe de venir a veros.

D.<sup>a</sup> MARÍA

El Príncipe... que tenía sed de preguntarle yo, qué parte mi hijo tomó en los intentos que hacía; mas, como la noche está más de su cuarto avanzada, temo que él no cuidará de la palabra empeñada.

SANTILLANA

De todas suertes, os ruego si viene y le interrogáis, que sus palabras oigáis para repetir las luego; que bien pudo el Condestable a vuestro hijo calumniar con intentos de probar que ha sentenciado a un culpable; pero vez que, aunque existiera el trato que habéis oído, nunca el de Luna ha podido proceder de esta manera.

D.<sup>a</sup> MARÍA

Santillana: aunque esté lejos de enojarme, yo os porfio que no he menester consejos, porque el muerto era hijo mío.

SANTILLANA (Besando su

mano y saliendo con los demás caballeros.) Señora: y yo os juro en Dios que, aunque apasionado os hable es por devoción a vos...

D.<sup>a</sup> MARÍA

Y por odio al Condestable. (Han salido los caballeros; se vuelve a Catalina.) Catalina, en tí confío, que, al cabo, en esta misión te ha metido el corazón...

CATALINA

¡Que era suyo... y ahora es mío!

D.<sup>a</sup> MARÍA

Estos no; que, cuando están más entregados a mí, les estoy viendo que así sirven mejor a su afán.

(Vuelta a la armadura de don Alonso.)

Y se alegran si hubo manos  
capaces de asesinarle,  
porque tremolan ufanos,  
mi luto por estandarte.

CATALINA (Acariciándola y re-  
primiendo el propio dolor) No estéis triste.

D.<sup>a</sup> MARIA

No es tristeza:

es el alma, que procura  
ir soltando la ternura  
para guardar la entereza.  
Que aquel punto, aquel instante,  
aquel fin de mis porfías  
que he anhelado tantos días,  
voy a tenerlo delante.  
Y con la orden que pones  
en mis manos, Rey Don Juan,  
dirán verdad las traiciones,  
los silencios hablarán;  
sabré qué mano me vada  
dió principio a mi aflicción,  
y en qué bajo corazón  
he de clavar esta espada.

CATALINA

Ya la reina, cuando ha dado  
el Rey, cediendo a su ruego,  
orden de traer el pliego  
de prisión contra el Privado,  
dijo: «Espero que esto llene  
de gozo a doña María;  
porque ella tendrá alegría  
con el odio que le tiene.»

D.<sup>a</sup> MARIA

¡Pues mintió!...

CATALINA (Ingenuo asombro.)  
¿No les odiáis vos? (Pausa. Deja doña  
María pasar por su figura un breve instante  
la lucha oculta de su corazón.)

D.<sup>a</sup> MARIA

No sé; mas, de cualquier modo  
que sea, ello toca a Dios...

¡Y Dios lo comprende todo! (Se aleja.  
Dama Catalina la sigue con la vista un poco  
desconcertada.) ¿En tardarse así quedó  
la Reina?

CATALINA

Sólo aguardaba  
la orden, cuando vine yo;  
y el Rey firmándola estaba.

D.<sup>a</sup> MARIA

Y tú, ¿no pudiste ser  
quien la trajera?

CATALINA

Fué empeño de la Reina.

D.<sup>a</sup> MARIA

Fué pequeño sentimiento de mujer.

CATALINA

Como el de Luna ha dispuesto  
ronda esta noche, me dijo  
que ella vendría, y de fijo  
que anduvo acertada en esto;  
que pienso que a su persona  
no hay quien atreverse pueda  
hoy que en castilla no queda  
más freno que la corona.

D.<sup>a</sup> MARIA

Pero, ¿esta tardanza?... ¿Acaso  
le habló después el Valido?

CATALINA

Va en la ronda y no ha podido...

D.<sup>a</sup> MARIA

¡Baja la voz... oigo un paso!

Llega... se aleja otra vez...

¡Ay de ti, Rey castellano,  
si vuelve a olvidar tu mano  
que el Rey, en Castilla, es juez!

(Catalina se acerca a la reja del rincón, in-  
quiriendo desde ella en la obscuridad.)

¿Qué ves?

CATALINA

La ronda en el foso.

D.<sup>a</sup> MARIA

¿Qué más?

CATALINA

Y una luz incierta  
cuyo resplandor dudoso  
viene ganando esta puerta.

D.<sup>a</sup> MARIA

¡Por fin!... ¡Abre, Catalina!

CATALINA (Vacilante.)

Dueña: si me equivocase...

D.<sup>a</sup> MARIA

(Yendo ella misma a la puerta y alzando el  
tapiz.) ¡Pues tendré yo, por que pase  
mi justicia, la cortina! (Entra la Reina,  
acompañada de un pajecillo que lleva un ha-  
cha encendida.) Alteza: los gritos de esta  
rabiosa martirizada

—que, al fin, la sed es martirio  
y, al fin, el martirio es rabia—  
¿llegaron al Rey?

REINA

Llegaron.

D.<sup>a</sup> MARIA

Y ¿qué responde el Monarca?

REINA

El responde con las letras  
en este pliego trazadas.

(Le dan un pliego del que pende el sello real.)

D.<sup>a</sup> MARIA

Alteza: diréis al Rey  
que dejáis en esta estancia  
una esclava con cadenas,  
que no una madre con lágrimas.

No he de besaros la mano,  
Alteza, que, con tal ansia  
arde mi agradecimiento,  
que al besar, os la abrasara:  
La orden que aquí me dejáis  
de tal modo me agiganta,  
que, en las negruras de un crimen,  
con ella haré lumbre clara;  
decidle al Rey que me visteis,  
con los mis labios besarla;  
viene del Rey, y él de Dios,  
con que es reliquia sagrada...  
Decidle, Reina y señora,  
que hoy es Rey; que hoy reina y man-  
¡que hoy hay justicia en Castilla, [da;  
después que perdida estaba!

(Hinc a una rodilla y le besa las manos.)

REINA

Levanta, Doña María,  
que aunque, si sólo escuchara  
lo que dices, no creyera  
que estar podías más alta,  
fuera oprobio, pues te veo  
a mis pies, que continuaran  
tu grandeza de rodillas  
y mi admiración en planta.  
(Ayuda a alzarse a Doña María.)

Con esta orden que te entrego  
deja en tu mano el Monarca,  
pues los reclamabas tú,  
los cuidados de esta causa.  
Mañana, rompiendo el día,  
el Rey saldrá de tu casa  
con sus hombres y su Corte,  
diciendo que sale a caza.  
Nada se dirá al de Luna,  
como es razón, de esta marcha.  
el Rey lo deja a su suerte;  
su suerte tú has de fijarla.

D.<sup>a</sup> MARIA

(Recorriendo el pliego con la vista.)

Y ¿quién ha dispuesto el Rey  
que se acercara con armas  
a prenderle?

REINA

Tú has de verlo:

de tu propia mano traza,  
para menester tan arduo,  
el nombre que más te plazca.  
Yo dije Pérez Vivero,  
que lo hará de buena gana.

D.<sup>a</sup> MARIA

¡Jamás!

REINA

¿Qué tienes con él?

D.<sup>a</sup> MARIA

Que nunca veréis que vayar

juntos su nombre y el mío  
en empresas de mi casa:  
¡que yo por justicia pido  
lo que él toma por venganza!

REINA

Pues tú has de ver, que a tu arbitrio  
deja este extremo el Monarca.

D.<sup>a</sup> MARIA

(Desdoblando el pliego junto a la luz, sobre  
la mesa lee.) «A vos...

(Después de pensar un rato toma la pluma y  
escribe, pronunciando al mismo tiempo:)

Alvaro de Estúñiga»;

que, al fin, eres de mi casa  
y llevas mi propia sangre;  
con que mirarás de honrarla.

REINA

Lo sólo que yo te pido,  
que acabes con la privanza  
del de Luna pues no sufrir  
que, donde yo me bastara  
para mandar, manden otros.  
Hágase el milagro, y basta.

D.<sup>a</sup> MARIA

El mismo interés en todos...  
¡Qué baja relea de almas!

REINA

Y con esto que te he dicho,  
te dejaré, noble dama;  
porque verme entrar pudieron,  
y el de Luna no descansa;  
y si él logra, estando solo,  
ver al Rey, toda la trama  
de esta tarde se deshace:  
que aún le tiene por el alma.

D.<sup>a</sup> MARIA

Yo os abriré.—Que al de Luna,  
Alteza, no llegue nada  
de este paso; que la noche  
va con lentitud y es larga,  
y él encontraría modo  
de hablar en ella al Monarca.

REINA

Descuidad, Doña María.

D.<sup>a</sup> MARIA

(Inclinándose.) Señora... (En este instante  
gira la llave de la puerta secreta, lateral de-  
recha, cede ésta, reciamente sacudida, y en-  
tra en escena Don Alvaro de Luna llevando  
en la mano un haz de llaves.)

D. ALVARO

Excusadme, damas.

Iba, en servicio del Rey,  
rondando en la fortaleza  
por él; que buenos criados  
han de velar mientras duerna,  
Ignoraba que esta estancia

tuviera puerta secreta,  
y abrí, sin pensar, si estorbo  
pláticas con mi presencia,  
perdonad.

REINA  
(Descortada.) Doña María:  
abridme, os ruego, esta puerta.

D. ALVARO (Llegando con gesto rápido.)  
¡Oh, donde tenéis criados,  
ellos os sirvan alteza!  
Isabel de Portugal:  
cuando os escogí por Reina,  
os di la mano del Rey;  
pero os di mi vida en ella.  
Vos erais un lirio entonces,  
vuestros labios, rosas tiernas;  
jazmines era la frente;  
las dos manos, azucenas;  
no vi entonces, Isabel,  
ahora lo veo y me pesa,  
que traje a Castilla flores  
y traje un aspid con ellas!  
A vuestra ambición abrí  
un trono, una realeza:  
con que no es el primer día,  
Reina, que os abro una puerta.  
(Abriéndola: la Reina, calla, despechada; el  
Valido se inclina; salen tras la Reina el paje  
y Catalina, que habrán asistido mudos a la  
escena anterior. Doña María recoge rápida-  
mente el pliego con la orden del Rey, que  
quedó sobre la mesa.)

Excusad, doña María.  
la intención, ya que no el gesto;  
sé que la Reina os ha dado  
de parte del Rey un pliego:  
lo que en él ha escrito el Rey  
mostradme, que aún he de verlo,  
para deciros que no hay  
Dios de justicia en el cielo.

D.<sup>a</sup> MARÍA  
Condestable de Castilla:  
primero que hablar, primero  
que exigir, primero que  
mentar a Dios sin respeto,  
decidme qué nueva ley  
de honor sirve un caballero  
que, abusando del poder  
que usurpó, no que le dieron,  
como un ladrón en las trazas,  
como un traidor en los hechos,  
fuerza, postigos ocultos  
para sorprender secretos;  
decidme si el de maestre  
es ya tan villano empleo,  
que sirve sólo su manto  
para encubridor de reos

D. ALVARO  
Aunque pudiera excusarme,  
doña María, no quiero;  
forcé, como vos decís,  
el postigo; he sido reo  
de villanía; no soy  
un dios; soy hombre, y no puedo,  
cuando me combaten todos,  
mirar cómo me defiendo.  
Toda Castilla es, señora,  
un mar de sangre y de cieno  
que alza contra mí la envidia,  
huracán de nuestros reinos;  
y cuando estoy zozobrando,  
¿escogeré los maderos,  
antes de asirme? ¿Olvidáis  
que me va la vida en ello?

D.<sup>a</sup> MARÍA  
En otro tiempo, los nobles  
castellanos escogieron,  
antes que vivir sin honra,  
servir al honor, muriendo.

D. ALVARO  
¡Muriera yo! ¿Qué me importa  
la vida, si es sufrimiento?  
Ver en cada hombre una peña  
donde se os quiebra un deseo;  
en cada mano una daga  
que os está buscando el pecho;  
en cada frente una duda;  
un insulto en cada dedo;  
en la amistad la amenaza;  
en la lisonja, el veneno;  
¿pensáis que es vivir? ¿Pensáis  
que es un bien lo que apetezco?  
¡Muriera! Pero no, ¡que  
cumpla un destino viviendo!

D.<sup>a</sup> MARÍA  
Ni yo os estorbo el destino,  
ni es mi casa un mar de cieno,  
ni se atenta a vuestra vida,  
Condestable, en este pliego;  
con que esta vez os asisteis  
de la tabla, antes de tiempo.  
(Dando un paso en dirección a su estancia.)

D. ALVARO  
Pero, ¿os vais?  
D.<sup>a</sup> MARÍA  
¡Esta es mi casa,

Condestable!  
D. ALVARO  
(Cortándole el camino.) ¡Todo el reino  
me pertenece, señora,  
porque yo le di mi aliento!

D.<sup>a</sup> MARÍA  
(Viendo al Condestable en la puerta de su  
estancia, serena.) ¿Qué intentáis?

D. ALVARO  
No habéis, señora,  
que estos trances, de intentos,  
que, cuando manda la sangre,  
se callan los pensamientos;  
si vos le quitáis al hombre  
sus armas, que son el ruego,  
la súplica, las razones,  
¿extrañaréis que, surgiendo  
la fiera, en lugar del hombre,  
sea la fuerza argumento,  
sea el instinto razón,  
sean árbitros los hechos?

D.<sup>a</sup> MARÍA  
Y vos ¿extrañáis, señor,  
que, cuando en sazón os veo  
que sacáis, no de los hombres,  
mas de las fieras ejemplos,  
yo os deje solo, cerrando  
las puertas de mi aposento?  
Al fin soy dama, y con vos  
se han de entender mis moneros.

D. ALVARO  
¡No pasaréis!

D.<sup>a</sup> MARÍA  
¿Ya olvidáis  
que a los esforzados pechos  
no detienen imposibles,  
sino dan sed de vencerlos?

D. ALVARO  
¡No pasaréis!

D.<sup>a</sup> MARÍA  
¿No me veis  
que no os temo, o estáis ciegos?

D. ALVARO  
¡Ciego, señora!, que, cuando  
otra salvación no tengo  
que la villanía, cubro  
mis ojos, para estar ciego.

D.<sup>a</sup> MARÍA  
Condestable de Castilla:  
¡ahora ya os mando, no os ruego!  
Porque es noche, porque entrasteis  
de modo en este aposento  
pue pueden veros salir  
aunque penetrar no os vieron:  
porque soy dama y vos hombre;  
porque mi honor anda en ello,  
quitaos de mi presencia,  
o he de hacer, yo misma, abriendo,  
que mis criados os echen  
a golpes, como a los perros.

D. ALVARO  
Doña María Guzmán:  
¡ahora yo os mando, no os ruego!  
Porque es servicio del Rey;  
porque yo le represento;

porque si él se guardó el manto  
echó sobre mí el gobierno;  
porque va en ello mi vida,  
¡dejadme ver ese pliego,  
o con mis manos—que son  
los dos criados que tengo—  
antes que los vuestros lleguen,  
os lo arranco de los dedos!

D.<sup>a</sup> MARÍA  
(Resuelta, avanzando.) ¡No será!

D. ALVARO  
(Irguiéndose; intentando apoderarse del pliego  
y poniendo para ello sus manos en doña Ma-  
ría.) ¡Será! ¡No hay paso!

D.<sup>a</sup> MARÍA  
(Que, al sentirse asida, ciega de ira y con el  
pliego en la mano, se hizo atrás.)

¡Ah!... Condestable del reino:  
osáis a una mujer!  
(Sois un villano, os desprecio!

D. ALVARO  
(Después de un silencio en que ambos que-  
dan frente a frente. Doña María, soberbia de  
ira y de nobleza, condenando con su mirada  
a don Alvaro, que dejará ver en la expresi-  
ón de su rostro la transición de espíritu a  
que hace referencia lo que sigue.)

Esta mirada en mi vida  
por segunda vez la encuentro;  
si la merecí, señora,  
¡bien castigado me veo!  
Los poderes de mi mano,  
las honras de mí gobierno,  
las arrugas de mi frente,  
las hebras blancas que llevo,  
no en cuenta del tiempo, en cuenta  
de que he vivido sufriendo,  
¡todo ardió de esa mirada,  
doña María, en el fuego!  
Diez años se van con ella:  
mirad qué sólo me quedo.

D.<sup>a</sup> MARÍA  
Condestable de Castilla:  
de bajo venís, pues veo  
que a la juventud os llevan  
los caminos del desprecio.

D. ALVARO  
Doña María Guzmán:  
desde alto me habláis, pues veo  
que no os mudaron de altiva  
diez años de sufrimiento.  
¿No veis que si yo me mudo  
y a mis juventudes vuelvo,  
cuando me hablasteis, señora,  
como hoy me habláis, de desprecio,  
es sólo vuestra mirada  
la que me ha metido en ello?

sepulcro a mi amor  
mis diez años de silencio;  
si vos levantáis la piedra,  
no os asombre que no ha muerto  
Bien sabéis que a tanto amor,  
no queriéndole por vuestro,  
le di cárceles de nieves,  
le di ataduras de hielo;  
si hoy, al tocar vuestras manos,  
que son mármol y echan fuego,  
dejando libre al amor,  
hielo nieve se fundieron,  
¿me daréis a mí la culpa  
de lo que vos habéis hecho?  
Basteos, para no añadir  
la compasión al desprecio,  
no ver en mis ojos lágrimas,  
aunque es agua todo el pecho.

D.<sup>a</sup> MARIA

¿Que pretendéis demostrar,  
Maestre, con este juego?  
¿Que me ganáis en grandeza?  
¿Que vos me entregáis un pecho  
rendido, para que yo  
sea más cruel abriéndolo?  
¿Que un amor—nunca aceptado,  
Condestable—os da derecho  
a injuriar a una mujer;  
llegando, infame, a su cuerpo?  
¿Qué es en vos verdad? ¿Qué es farsa?  
¿Qué es el alma y qué es el cieno?

D. ALVARO

Todo: que al cabo soy hombre.

D.<sup>a</sup> MARIA

¡Guardaos los argumentos;  
que en mi pecho no han lugar  
porque me lo ocupa un muerto!

D. ALVARO

Toda mi vida la estoy  
viviendo en cada momento;  
si vos no sois como yo,  
ved que la culpa no tengo.

D.<sup>a</sup> MARIA

¡Como vos y más que vos!

D. ALVARO

¡Ah, finalmente os encuentro

D.<sup>a</sup> MARIA

Pero hoy es toda mi vida  
mi justicia. Un hijo muerto  
lo borra todo en el mundo,  
Conde, aunque es bulto pequeño.  
Vos, ¡que sabéis de esas cosas;  
que hijos tenéis y van lejos  
de vos, mendigando un nombre  
porque les negáis el vuestro!

D. ALVARO

¡No me los dieron los brazos

en donde quise tenerlos!

D.<sup>a</sup> MARIA

¡Condestable... al fin sangráis  
de la herida que os he abierto!  
¡Sí, tuve un hijo, y en él  
todos mis amores puestos!  
Todo lo olvidé por él;  
todo; hasta el odio que os tengo:  
bien sabe Dios que al hallarle,  
como era para Dios, muerto,  
primero que pensé en vos,  
todos los demás lo hicieron.  
Hoy, sí; que vuestras porfías,  
vuestra doblez, el silencio  
que guardáis, aun este amor  
traído en este momento,  
aun el ser él hijo mío  
sin haber nacido vuestro,  
todo os condena. ¡Oh, la luz  
vos mismo me dais! ¡No tengo  
dudas! ¡Vos le hiristeis, vos!  
porque no había en el reino  
quien matara a un inocente  
con el corazón sereno  
sino vos; vos, Condestable;  
y al fin así lo prefiero;  
que, vengándole de vos,  
más que de nadie le vengo!

D. ALVARO

(Con serenidad y dominio supremo del momento.) ¿Por qué os engañáis, señora,  
para engañarme, si veo  
que, cuando acusáis, os son  
inútiles los esfuerzos?

(Se acerca a ella; habla bajo y con lentitud,  
como si fuera leyendo en su alma.)

Decid, acallando un punto  
vuestros orgullosos soberbios,  
que porque sabéis que todo  
depende de mí en el reino,  
una esperanza alentáis  
que esté en mi mano el secreto  
de esta tragedia; decid  
que porque los dos tenemos  
repartida entre los dos  
toda el alma de estos reinos  
no queréis tentar empresas  
que os piden todo el esfuerzo  
sin tener, mal que vos pese,  
este brazo junto al vuestro;  
decid que, por no llamarme,  
me acusáis; que así no puedo  
faltaros en este trance  
porque mi honor anda en ello  
decid que, habiendo tan sólo  
escritos en vuestro pecho  
dos nombres, vos los juntáis

sin pensarlo y sin quererlo.

D.<sup>a</sup> MARIA

¡Mentis!

D. ALVARO

(Transición.) Entonces, señora  
hoy mismo, aquí mismo, quiero  
que cumpláis vuestra justicia  
y acaben vuestros tormentos.  
Si con todo el corazón  
me acusáis, si en vuestro acento  
hay la plenitud de Dios,  
que tiene lo verdadero,  
¿a qué esperamos sentencias  
que no os faltan, ni yo quiero?  
Vida con tal mancha, yo  
no la soporto, ¡os la entrego!  
¡Esta es mi daga, tomad,  
y éste, señora, es mi pecho!

D.<sup>a</sup> MARIA

Entonces, ¿por qué no habláis.  
Don Alvaro, ¡vive el cielo?

D. ALVARO

Porque penden de este brazo  
la vida y muerte del reino;  
y no lo muevo, que no  
tenga razón al moverlo.

D.<sup>a</sup> MARIA

¡Pende mi vida también!

D. ALVARO

No lo digáis; bien lo siento.

D.<sup>a</sup> MARIA (Con resolución rápida.)

Condestable de Castilla:  
queríais ver este pliego,  
no he de negároslo ya;  
abierto os lo doy: leedlo.  
(Le entrega el pliego con la orden del Rey.)

D. ALVARO (Después de leer.)

¡Abominable bajeza!

¡Ingrato Rey!

D.<sup>a</sup> MARIA

No os lo niego.

D. ALVARO

¡Y ni a trazar se atrevió  
todas las líneas del pliego!

D.<sup>a</sup> MARIA

Yo le ayudé.

D. ALVARO

No faltasteis

a la ingratitud en esto;  
que, al fin, mi amor lo pagáis  
con la moneda del tiempo.

D.<sup>a</sup> MARIA

(Sin atender a estas palabras: fija en su  
idea.) ¡Ya no penden de ese brazo  
la vida y muerte del reino!  
«Servicio del Rey», dijisteis  
hoy que era vuestro silencio:

el Rey os manda prender  
no quiere servicios vuestros.  
Hablad; hablad...

D. ALVARO

¡Yo hablaré...

Doña María, a su tiempo!

D.<sup>a</sup> MARIA

(Defraudada en sus ansias.) ¡Oh!

D. ALVARO

¡No temáis, que es venganza  
granada la que os prometo!  
¡Decid que se junten armas,  
que vengan a echarme hierros,  
que es bien con ellos cargarme,  
Rey, si me prendéis sin ellos!  
¡Oh, nunca mayor venganza  
pudo tomar de un Rey necio  
un leal, que yo de ti,  
hiriéndote el tronco mismo!

D.<sup>a</sup> MARIA

¿Qué decís?

D. ALVARO

¡Dadle, señora,

al de Estúñiga este pliego;  
que la prisión del de Luna  
mala pro ha de hacerle al reino!  
(Transición: bajando la voz.)

¿No habéis oído? Unos pasos  
a mis voces respondieron.  
Pero, ¿quién puede... a estas horas...?

D.<sup>a</sup> MARIA

(Después de observar por el ventanal.)  
Alonso Pérez Vivero  
y el Príncipe Enrique.

D. ALVARO

(Bruscamente; sin acertar a dominarse.)

¿Y vos

les recibís?

D.<sup>a</sup> MARIA

¿Qué hay en ello?... (Adivinando.)

¡Condestable: hablasteis ya!

El Príncipe...

D. ALVARO

(Intentando corregir su arranque.) ¡No!

D.<sup>a</sup> MARIA

¡Yo entiendo,

Condestable!

D. ALVARO

¡No!

D.<sup>a</sup> MARIA

¡Dejadme!

D. ALVARO

¡No!

D.<sup>a</sup> MARIA

Dejadme: ved que pierdo  
mi honor si os hallan aquí,  
don Alvaro; y yo no os espero

más, que la verdad se acerca.  
Dejadme a solas, os ruego.

D. ALVARO  
Doña María: me habéis  
avezado en estos tiempos,  
cuando más quise serviros,  
a serviros desde lejos,  
y saldré; que las distancias  
las salvarán mis esfuerzos,  
y cuando os dejo con vos,  
bien acompañada os dejo.  
(Saliendo por la lateral secreta. Aparecen  
Pérez Vivero y el Príncipe.)

D.<sup>a</sup> MARÍA  
(Al ver allí a Vivero, con serenidad impávida le dice:) Vos, señor Pérez traidor,  
que el Vivero ya no os cuadra,  
¿gustáis que os echen a injurias  
cuando entráis donde no os llaman?

PRÍNCIPE  
Vos nos llamásteis... (Con dulzura.)

D.<sup>a</sup> MARÍA  
No, Alteza;  
perdón, con vos no va nada;  
a vos os llamé; quería  
conocer toda la trama  
que hicisteis con don Alonso...  
(Por un gesto del Príncipe.)  
Soy su madre. ¿Qué os extraña?

(A Vivero, cambiando de tono.)  
A vos, no, que los traidores  
no dan luz con sus palabras  
y para saberlo todo,  
con el Príncipe me basta.

VIVERO  
Aunque tan dura os mostráis  
y mi confusión es tanta...

D.<sup>a</sup> MARÍA  
(Impaciente.) ¡Oh!

VIVERO  
No os negaré, señora,  
con qué gusto me quedara.  
Ved que el Príncipe está enfermo,  
que su enfermedad es causa  
que yo le acompañe siempre,  
señora, que pone el alma  
en estos empeños vuestros,  
y es bien que le ahorréis palabras  
y fatigas: yo hablaré...

D.<sup>a</sup> MARÍA  
¡Yo no puedo creer nada  
que vos digáis! Cuanto al Príncipe,  
aguardadle lo que os plazca  
fuera de aquí: yo he de hacer  
para evitarle palabras  
y fatiga, lo que hiciera  
una madre, no una dama:

que mi corazón de madre  
ha tiempo no palpitaba  
como hoy, al veros entrar;  
señoría, hacedme gracia.  
(El Príncipe hace un gesto indicano a Vivero que salga. Este se le acerca, hablándole en voz baja. Doña María, que le observa, dice:) La nobleza del señor  
no la torcerán palabras  
de criados.

VIVERO (Con baja malignidad ofensiva.)  
No consejos,  
señora, albricias le daba  
al ver, aun hoy, cuánto, vale  
ser príncipe con las damas (Sale.)

D.<sup>a</sup> MARÍA  
(Para dejar el Príncipe, conmovido, el tiempo de serenarse; apartándose de él y mirando distraidamente por la reja, tono de indiferencia y de dulzura al mismo tiempo.)

Habéis tardado, Príncipe;  
la obscuridad se mezcla  
con la aurora. En el cielo  
quedan tan pocas luces  
como en mi alma, la noche  
de mi luto. Pensé. (Se acerca un poco.)  
que no vendrías... Hice  
injuria a vuestra gracia...  
Pero, ¿no os sentáis, Príncipe?  
(El Príncipe se senta, ella continúa en pie.)

PRÍNCIPE  
Seguid, señora; hablando  
me hacéis un bien que nunca  
lo sospeché, en el mundo.  
Dicen que estoy enfermo  
en la Corte: no encuentran  
los físicos el bálsamo  
que cure mis heridas.  
Señora: hablad... Los físicos  
no conocen mis males.

D.<sup>a</sup> MARÍA  
¡Váleme Dios! Y un Príncipe  
¿no encuentran quién lo cure?  
Pero es verdad... Murió  
vuestra madre... ¿Sabéis  
que, cuando al lado os veo  
de vuestro padre, tengo  
celos del Rey? ¡Oh, sí!  
que él aún tiene el consuelo  
de recoger las lágrimas  
de un hijo... Pero yo...

PRÍNCIPE  
¡Oh, no poder, señora,  
aun dejando de ser  
lo que soy, ser tan sólo  
vuestro hijo! ¡Tendrían  
estas manos poder

se enjugar vuestro llanto.

D.<sup>a</sup> MARÍA  
Príncipe: sois tan bueno  
como yo soy cuitada;  
esto que me habéis dicho  
llega al alma, ¡no puede  
ser que seáis infame!

PRÍNCIPE  
¿Yo?

D.<sup>a</sup> MARÍA  
Príncipe: por piedad.  
por piedad a vos mismo,  
decid: ¿es cierto todo  
lo que contó el de Luna?

PRÍNCIPE  
Cierto...

D.<sup>a</sup> MARÍA  
Entonces, con vos

hizo liga mi Alonso;  
entonces, nunca, Príncipe,  
le dejabais; sabiais  
de sus pasos; de todos  
los que tenían odio  
por él; los que podían  
perseguirle o buscaban  
su muerte... ¡Responded!

PRÍNCIPE  
¡Oh, no! Después, después...  
Ahora, hablemos, señora,  
de vos.

D.<sup>a</sup> MARÍA  
¿Por qué de mí?  
PRÍNCIPE  
Porque habéis prometido  
que tendríais piedad  
de mi fatiga. Luego...  
cuando yo esté cansado...  
cuando mandéis... Vivero...  
en dos palabras...

D.<sup>a</sup> MARÍA  
¡No  
tan sólo vos, Alteza!

PRÍNCIPE  
Bien, yo; pero más tarde  
cuando ya os haya dicho  
lo que no puede ser  
que os esconda más tiempo...

D.<sup>a</sup> MARÍA  
¡Alteza!

PRÍNCIPE  
Si otra ve  
me miran vuestros ojos  
de esta manera, yo  
no podré hablaros.

D.<sup>a</sup> MARÍA  
¡Pase  
lo que queráis, señor;

pero hablad!

PRÍNCIPE  
¿No guardáis  
memoria de una fiesta  
que dió el Rey en Medina?

D.<sup>a</sup> MARÍA  
¡Sí, la noche terrible  
de mi desgracia, sí!

PRÍNCIPE  
No, no aquélla; años antes.  
Si hicieron dos torneos:  
era la Reina nueva  
quien presidía; quiso  
mostrarle el Rey qué damas  
le entregaba Castilla,  
y, en un torneo, dos  
de nuestras castellanas  
bajaron a la arena  
con sus empresas. Vos  
cruzásteis vuestra espada  
con Juan de Merlo: toda  
la Corte os hizo fiesta,  
Recuerdo que teníais,  
aquel día; entretanto  
que aplaudía la gente,  
vuestros ojos clavados  
en mi sitio... Señora.  
¿Qué mirabáis entonces?

D.<sup>a</sup> MARÍA  
Sí... recuerdo. De toda  
la turba que aclamaba;  
del horror, de los gritos  
en el sol, en la luz,  
del delirio, del triunfo,  
Príncipe, no sé nada.  
Sólo sé—junto a vos,  
es cierto, a vuestra espalda  
de unas pupilas que  
me seguían ansiosas;  
de una boca que, acaso  
conmovida o pasmada,  
sin querer, sonreía;  
de unas manos en alto,  
¡las manos de mi vida!  
que estaban lejos; pero  
que llegaban a mí,  
como si me pulsaran  
el alma en carne viva,  
sacando de ella lágrimas  
de orgullo y de ternura,  
las dos cosas a un tiempo.  
y eso solo miraba,  
Príncipe; ya sabéis,  
¡era mi Alonso!

PRÍNCIPE  
¡Era él!

D.<sup>a</sup> MARIA  
Príncipe, ¿qué os sucede?  
PRINCIPE

(Con mayor decisión que hasta ahora; la pasión le exalta.) Montoro, aquella noche, cantó, cuando mi padre dió mesa a los juglares, un romance, en elogio de vuestro paso de armas. ¿Lo recordáis, señora?

D.<sup>a</sup> MARIA  
Lo recuerdo: no olvido la tonada ni el verso. Por la primera vez me dió en aquel romance el nombre de «la Brava» la Corte de Castilla...

Pero, ¿a qué recordáis...?  
PRINCIPE  
Señora: aquel romance que, desde entonces, digo todas las noches, como si fuese una plegaria, afirma que vos siempre herís el corazón...

D.<sup>a</sup> MARIA  
Es verdad; eso dice. Pero, ¿qué tiene aquello que ver con esta noche?

PRINCIPE  
En el viejo romance de Montoro el juglar, él pondría los versos, ¡pero yo puse el ansia! porque yo, como nadie de la corte, sabía de qué modo herís vos los corazones; que desde la horrible fiesta, desde aquella mirada que fatalmente yo recibía, no siendo para mí, no respiro, no vivo, no soy hombre, sino por vos, señora!

D.<sup>a</sup> MARIA  
¡Príncipe!

PRINCIPE  
¡No se calla quien, sólo porque tuvo una esperanza débil que llegara el momento de hablar, vivió hasta ahora con la muerte en el alma!

D.<sup>a</sup> MARIA  
Abusáis del asilo que os he dado, señor,

sin ver que es villana...

PRINCIPE  
¡Villana!... ¡Le habláis de villanía al hombre que, porque es todo vuestro, nada encuentra villano si le lleva a vos; que ni los astros, ni Dios, ni el destino, ni toda la sangre de Castilla, ni la muerte, ni el crimen han detenido!

D.<sup>a</sup> MARIA  
¡Príncipe!  
PRINCIPE

¡No, la mirada suave; o callaré, señora; que ésta airada me turba; que enmudezco!

D.<sup>a</sup> MARIA  
Seguid...  
Fué un instante. ¡Seguid! Ya os dije que tendría, Príncipe, para vos, la piedad de una madre.

PRINCIPE  
¡Sí, de una madre! Ved, no pido más, señora; ¡y estas manos suavísimas sobre mí! como un don maternal; derramando por mi existencia estéril la piedad, como encima de las cunas vacías... ¿Que os he sido funesto con mi amor?... ¡él lo ha sido primero para mí!

D.<sup>a</sup> MARIA  
(Forcejeando por desasir sus manos, que el Príncipe le ha cogido.) ¡Príncipe!

PRINCIPE  
Y, lentamente, para beber despacio vuestra piedad, y os juro deciros los secretos terribles de mi alma; la sangre que hay en ella; mis pasiones, mi crimen, ¡sí, mi crimen también!

D.<sup>a</sup> MARIA  
¡Señor!

PRINCIPE  
¡Sí, guardo dentro de mi espíritu un lago de sangre!... ¿Qué tenéis? ¿Por qué vuestra mirada se clava en mí, que siento

que al corazón me llega?  
¿Qué fuego es éste?

D.<sup>a</sup> MARIA  
¡Fuego!

de Dios, Príncipe Enrique! (Le arranca la cadena con el joyel de Don Alonso, que lleva en el cuello.) ¿Cómo lleváis pendiente del cuello este joyel, que colgaba del cuello de mi hijo?

PRINCIPE  
¡Callad!  
¡No gritéis!... que Vivero... él os dirá, señora...

D.<sup>a</sup> MARIA  
¡No; vos, y pronto; pronto, u os despedazo! ¿Quién le asesinó?

PRINCIPE  
Vivero...

Yo no quería... Os juro que no quería; él fué quien por servime... ¡Yo quise sólo robarle vuestra imagen!

D.<sup>a</sup> MARIA  
(Amenazante.) ¡Oh! basta!

PRINCIPE  
(Súplica trístísima.) ¡No!

D.<sup>a</sup> MARIA  
¡Príncipe maldito!  
¡Sube a llevar tu fango al trono de Castilla, y correrá, en los siglos, para lavar tu afrenta, la sangre de tu pueblo!

(Vivero ha entrado con la espada desnuda al oír que el Príncipe le delataba; va a abalanzarse sobre la Guzmán en el momento que ésta se vuelve, y, viéndole, se echa atrás, descuelga la espada de su hijo y dice, empuñándola:) ¡Ah, no mentía, Vivero, la voz que en mí te acusaba! (Vivero quiere llegar junto al Príncipe; ella le para y empieza un duelo encarnizado, terrible, entre el asesino y la vengadora. El Príncipe huye despavorido, gritando por los sombríos corredores varias veces.)

PRINCIPE  
¡Al arma en el castillo!  
¡Sangre otra vez!... ¡Espadas!  
(Vivero inicia una fuga; abalanzándose a la puerta del fondo, Doña María le cierra el paso con su espada, diciendo.)

D.<sup>a</sup> MARIA (Mientras riñen.)  
¿Huir? ¡Tampoco: la puerta guardo yo! ¡Montoro, hablaba

bien tu romance, aquel día de mi primer paso de armas! «¡Ah, digan plumas, Castilla, lo que dijeron espadas! ¡Digán, digan: con el hierro, con el hierro o la mirada, hiere siempre el corazón Doña María la Brava!» (Al pronunciar estas palabras la dama, Vivero cae atravesado: entra en el mismo instante por la lateral secreta Don Alvaro de Luna, seguido de Nuño, Mari-Barba y los criados de la casa con hachas.)

D. ALVARO  
¿Qué hicisteis?

D.<sup>a</sup> MARIA  
¡Justicia!  
D. ALVARO

¡Estáis perdida!

D.<sup>a</sup> MARIA  
¡Y mi hijo vengado!  
D. ALVARO

¡Huid!  
D.<sup>a</sup> MARIA

¡Jamás!  
D. ALVARO  
¡Que se acercan

los nobles!  
D.<sup>a</sup> MARIA  
No: mis criados...

Dad mi justicia a la tierra, arrojad su cuerpo al fuego del foso, ¡y sobre la tumba de mi hijo, colgad su cráneo!

D. ALVARO (A los criados.)  
Si amáis a vuestra señora, obedecedme.

D.<sup>a</sup> MARIA  
Don Alvaro:  
D. ALVARO  
No: salid con ella.

Llevala a un rincón lejano, donde nadie sepa de ella hasta que esto esté fallado.  
D.<sup>a</sup> MARIA

No, no: dejad, Condestable: ¡quiero hablar!

D. ALVARO  
¡Y yo salvaros!

D.<sup>a</sup> MARIA  
¡Mando en mi vida!

D. ALVARO  
¡Y yo mando en todo el reino!... Cerradle

MORALES  
¡Señor, por la gratitud  
que os debo!...

D. ALVARO  
¡Ya dió bastante  
de sí tu agradecimiento!

MORALES  
Señor: entonces dejadme  
que entre con vos en la tierra;  
que en la muerte os acompañe;  
que, si jamás en la vida  
vuestra cámara cerrasteis  
a vuestro paje, no es bien  
después de muerto, cerrarme  
la sola puerta que no  
moverá ninguna llave,  
¡Maldigo al Rey!... ¡Que le digan  
cómo le maldice un paje,  
y él, como a vos, me sentencie  
de muerte!

D. ALVARO  
Basta, Morales.  
Llega a mi celda; los sellos,  
con los demás que me traje  
de Burgos, acerca aquí;  
y deja un punto que trace  
mi última plegaria, no  
mis últimas voluntades;  
que el Rey empezó a mandar  
y ya no es bien que yo mande.  
(Se sienta: vuelve Morales con pluma, cera,  
los sellos del Condestable y un martillo re-  
cio, Don Alvaro escribe unos instantes.)  
«... de vos, Alvaro de Luna.» (Al paje,  
presentándole el pergamino para que ponga  
él la cera del sello.) La cera aquí...  
(El paje ayuda a Don Alvaro a sellar el per-  
gamino.) Y ahora, imagen  
de mi poder, duró sello  
de mi casa, porque nadie,  
no teniendo mis alientos,  
de tu enteresa se ampare;  
porque no vengas a menos,  
ya que en tu concavo yacen  
los primeros aleteos  
de tantas mudanzas grandes,  
¡quiero hacer contigo yo  
lo que conmigo el Rey hace! (Con el mar-  
tillo da unos golpes, hasta partir el sello.)  
No yo: te pierde Castilla.  
¡Busque ella quien te reemplace! (A  
Morales.) Dices que donde se encuentra  
doña María tú sabes.  
Esta tarde, cuando todo,  
como está ordenado, acabe,  
tomando un corcel, en donde  
mejores corceles halles,

corre a verla y este pliego  
entrégale de mi parte...  
Y dile que, porque el sello  
que ha sellado vuestras paces  
no puede aspirar a más,  
lo he partido en dos mitades.

MORALES  
Lo haré, señor.

D. ALVARO  
Ahora pide,  
si alguien vela, que me manden  
a fray Alonso de Espina. ¿Oyes?

MORALES  
(Sollozando y sin acertar a moverse.) Oígo.

D. ALVARO  
Ve, Morales. (El paje va a salir; retro-  
cede en seguida, diciendo a gritos.)

MORALES  
¡Señor! ¡Señor! ¡Señor! ¡Vienen!

D. ALVARO  
¿Quién?

MORALES  
Ella.  
D. ALVARO  
¿Quién?... Habla, paje.  
(Entra doña María de Guzmán en escena.)

D. ALVARO  
(Al verla.) ¡Siempre lo temí de vos!

D.<sup>a</sup> MARIA  
Gracias os doy, Condestable.

D. ALVARO  
Tenéis ciegos servidores  
cuando os dejan en tal paso.

D.<sup>a</sup> MARIA  
Mis servidores son ciegos  
cada vez que yo les mando.

D. ALVARO  
Dije que hasta dar sentencia  
y hasta haberla ejecutado  
no os soltaran.

D.<sup>a</sup> MARIA  
Y yo os digo  
que mi honor finca muy alto  
para que le sean guarda  
cobardías de criados.  
Si una noche la sorpresa  
y las iras me cegaron  
a punto que no entendí  
lo que estabais maquinando;  
si unas pocas manos fieles,  
por fieles, que no por manos,  
de aquel sitio único mío  
engañosas me arrancaron,  
no ha habido instantes después,  
no ha habido orden ni mandato  
que yo no empleara en ellas  
para tornar a ocuparlo.

¿Y venís...?

D. ALVARO  
D.<sup>a</sup> MARIA  
¡Y la fortuna  
se hace numen de mis pasos!  
Que ella ha querido que os tengan  
en ésta casa, guardado  
de mi sobrino el de Estuñaiga,  
para que, al ver mis criados  
con las armas de la casa,  
los guardas me abrieran paso;  
que, para llegar aquí,  
ni aun tuve que alzar el manto

D. ALVARO  
Más en mi favor, señora;  
más libertad de rogaros  
que no continuéis aquí;  
que si no hallásteis obstáculos  
para llegar, muchos menos  
hallaréis para tornaros.

D.<sup>a</sup> MARIA  
Condestable de Castilla:  
decirla a una reo os mando  
que celda es, en esta casa,  
la antesala del cadalso.

D. ALVARO (Aparentando que no  
ha entendido.) Y ¿por qué, tan alta vos,  
buscáis un sitio tan bajo?

D.<sup>a</sup> MARIA  
¡Porque ese sitio es el mío,  
y yo vengo a reclamarlo!

D. ALVARO  
¡Doña María!...  
D.<sup>a</sup> MARIA  
¡No quiero  
que el mundo ignore, Don Alvaro,  
que maté para tomar  
la justicia por mi mano!

D. ALVARO  
Vos lo sabéis, Dios lo sabe;  
no le deis cuentas al barro!

D.<sup>a</sup> MARIA  
No quiero que escalen tronos  
príncipes que están manchados  
con mi sangre; Don Enrique  
debe morir, que no en vano  
bebió su estirpe, en su origen,  
la ponzoña de un bastardo!

D. ALVARO (Con ironía serena.)  
El Príncipe está en Navarra.  
Sus parciales le llevaron  
en secreto: acaso él mismo  
se delató, en un espasmo.

D.<sup>a</sup> MARIA  
Yo acusaré...  
D. ALVARO  
¡Cerrarán a la fuerza vuestros labios!

D.<sup>a</sup> MARIA  
¡Morire por la justicia,  
como he vivido luchando

D. ALVARO  
No os servirá. La justicia,  
como es reina, se ha gastado  
desde que abrió, inadvertida,  
su alcoba a los cortesanos.  
No penséis que es la justicia  
quien pone el cuchillo en manos  
del verdugo, contra mí;  
no penséis que haber matado  
a Vivero, o el creer  
los demás que di este paso,  
abre a mis pupilas hoy  
la obscuridad del cadalso.  
Yo mismo he sido mi crimen;  
y el haberme levantado  
sobre los demás, fué causa  
que mi torre socavaron.  
Las obras tienen un punto  
de sazón; yo he terminado  
la mía; llega el destino,  
corta el fruto, muere el árbol.  
Dejadme, os ruego, señora.

D.<sup>a</sup> MARIA  
¡Jamás! Ni os dejo ni callo.  
Ya no por justicia; ya  
no por acusar villanos:  
quiero morir, por morir;  
porque la muerte es descanso;  
porque sin vos en Castilla  
no queda honor; ¡porque, en fango,  
me da miedo; ¡porque, en fin,  
me pide morir, gritando,  
mi corazón!... ¿No lo oís?  
¿Tornasteis sordo, Don Alvaro?

D. ALVARO (Acercándose a ella.)  
Vuestro corazón, señora,  
como es corazón, no piensa  
que un moribundo os escucha  
y un agonizante os ruega.  
Vuestro corazón no sabe  
que, aunque es grande mi tragedia,  
todavía vuestra muerte  
más espantosa la hiciera.  
Y, pues os matan si habláis,  
y aunque os maten me sentencian  
a mí, que mi muerte no  
la evitaréis con la vuestra,  
dejadme morir, al menos,  
pensando que hay en la tierra  
quien, porque fué mi enemigo,  
me hará justicia completa;  
quien, porque fué mi enemigo,  
merecerá que le crean  
cuando entre Castilla y yo

llegue a la boca de las Cuentas.  
(Acercándose más, hasta rozarla -  
Señora: nos hemos hecho,  
mientras vivimos, la guerra;  
si, combatiendo, me hieren  
al pie de vuestras almenas,  
pensad que era usanza heroica.  
en las edades guerreras,  
que honores el enemigo  
al enemigo le hiciera;  
van a poner mi cadáver,  
señora, sobre la tierra,  
y quiero vuestro laurel;  
¡conservadme vuestra diestra!

D.<sup>a</sup> MARIA

Condestable...

D. ALVARO

(Antes de besarla la mano.) ¿Me juráis  
no hablar?

D.<sup>a</sup> MARIA

(Don Alvaro le ha besado la mano: ella la ha  
retirado vivamente, perdida su serenidad desde  
este instante.) ¡No me quedan fuerzas  
para jurar, Condestable!

D. ALVARO

¿Tanta mudanza es la vuestra?

D.<sup>a</sup> MARIA

No me conozco.

D. ALVARO

¿Perdéis  
fuerzas, viéndome sin fuerzas?

D.<sup>a</sup> MARIA

Pierdo sangre de una herida  
que me abrieron, hembra apenas;  
el orgullo y el despecho  
fue ocasión que me la abrieran.  
el despecho y la venganza  
la apretaron sin coserla;  
hoy la piedad vuelve a abrirla  
y el alma sale por ella...

D. ALVARO

(Tomándola las manos como para darle  
fuerza.) Dadle voces al orgullo.

D.<sup>a</sup> MARIA

¡Ya las doy, y no contesta!

D. ALVARO

¿Y lo decís porque yo  
remedie vuestra flaqueza?

D.<sup>a</sup> MARIA

¡Oh, no! ¡Don Alvaro, no;  
que no hay remedios que puedan  
contra un amor que ha vivido  
del odio, una vida entera!  
No: que por primera vez  
doy entrada a la flaqueza  
y pienso que el alma toda  
se va deshaciendo en ella.

Los labios, que os han nombrado  
con odio, se abren apenas  
para decir vuestro nombre,  
que, más que hablarlo, lo besan  
Don Alvaro, tanto más  
como lo son en la guerra  
adversarios de adversarios  
que la muerte los estrecha:  
¿quién te arranca de mis manos?  
¡fueron garras; no te sueltan!  
¿Quién me quita a mi enemigo,  
si mi espada lo respeta?

D. ALVARO

(Estrechando a Doña María en sus brazos,  
¡Hora esperada! ¿Por qué  
tienes que ser la postrera?

D.<sup>a</sup> MARIA

¡No!

D. ALVARO

¡Sí, dueña mía, sí!  
Por que estas palabras sean  
inmortales, les dé un hacha  
una rúbrica sangrienta;  
por que no pueda saber  
si eran vanas o eran ciertas  
que un verdugo el corazón  
me aparte de la cabeza;  
queden en el corazón,  
que irá primero a la tierra,  
y, al faltar la sangre, corran  
tus palabras por mis venas.

(Golpes de armas que toman los tres lados  
de la puerta, Doña María de Guzmán deja  
caer el velo y se hace a un lado, Don Alvaro  
aguarda con serenidad, Entra Don Alvaro de  
Estúñiga precediendo a los caballeros de la  
Orden de Santiago, a Santillana con el manto  
de Comendador y el Conde de Plasencia.)

ALVARO DE ESTUÑIGA

Condestable: vuestros jueces  
por Castilla, caballeros  
de vuestra Orden de Santiago,  
juzgan llegado el momento  
que vuestro manto entreguéis  
de Maestre; que os le dieron  
para honrar la Orden en vos  
y mal puede honrarla un reo.

(Don Alvaro hace gesto a Morales, que en-  
trará en la celda del reo, volviendo con el  
manto sobre un cojín largo de brocado.)

PLASENCIA (Ádelantándose.)

La vuestra magnificencia,  
pues que sentenciada ha sido,  
debe entregar...

D.<sup>a</sup> MARIA

¡Paso!... ¡Pido  
que se anule la sentencia

SANTILLANA

¡La justicia!

D. ALVARO

¡No; el poder!

D.<sup>a</sup> MARIA

¡Yo herí a Vivero!

PLASENCIA

(Resolviéndose por fin.) ¡Prendedla!  
(Van las lanzas a cumplir la orden; pero don  
Alvaro, tomando de la bandeja en que lo  
trae Morales su manto de Maestre de la Or-  
den de Santiago, lo echa sobre los hombros  
de doña María.)

D. ALVARO

¡Invoco asilo, Santiago!  
Una mujer perseguida  
del mundo, en tu manto cuida  
defenderse de su estrago;  
que, si asilo bienhechor  
un templo tuyo procura,  
¡aún dará asilo mayor  
tu mayor investidura! (Un silencio: a San-  
tillana.) Venid a tomarlo de ella,  
Comendador Santillana,  
y cuidad que, si mañana,  
un villano la atropella,  
aunque lo mande la ley,  
aun cuando en castigo fuere  
de un crimen, aun si la hiere  
llevando el sello del Rey,  
y vos no se lo estorbáis,  
mancha tendrán en su honor  
la Orden que representáis  
y vos, su Comendador.

SANTILLANA (Subyugado.)

Condestable; estad tranquilo,  
que, cuantos os escuchamos,  
desde hoy, en ella miramos  
la inmunidad del asilo.

D. ALVARO

(Con una serena sonrisa de satisfacción in-  
tensa.) Ahora, acabad vuestro oficio,  
Comendador. Retirad  
del manto la dignidad,  
dejándola el beneficio.  
Y pensad que, si mi huella  
lo mancilló, esta mancilla  
se limpió al pasar por ella;  
¡porque ella es toda Castilla!  
(El Marqués de Santillana retira el manto de  
los hombros de doña María.)

D.<sup>a</sup> MARIA

Condestable: ¿es el momento?

D. ALVARO

Y ¿cuando no lo es, señora?  
¿Qué vale al amor una hora,  
qué vale un año, qué ciento?

(Redoble de tambores en la plaza. Entra en la  
antecámara Fray Alonso de Espina, seguido  
de otros religiosos de la Orden del Abrojo.)

D.<sup>a</sup> MARIA

(Cogiéndose nerviosamente al cuello de don  
Alvaro.) ¡Alvaro!

D. ALVARO

(Con dulzura; haciendo esfuerzos por apare-  
cer sereno.) ¡Doña María!

D.<sup>a</sup> MARIA

¡Os arrancan de mi lado!  
¡Yo que os habría adorado!

D. ALVARO

¡Y yo que os lo conocía!

MORALES

(Que entra sollozando, cogiéndole las manos  
y besándoselas.) ¡Señor, señor!  
(Fray Alonso de Espina y los otros religio-  
sos aparecen en la puerta de la sala.)

D.<sup>a</sup> MARIA

(Al verles, comprendiendo.) ¡No, los dos!

D. ALVARO

¡María, mi amor, mi gloria!  
¡Te encomiendo mi memoria!  
(Le toma la frente entre las manos y va a  
besarla; Fray Alonso de Espina levanta el  
Cristo, interponiéndolo entre doña María y  
don Alvaro, Doña María, al ver al Cristo,  
cae de rodillas en un gesto de imponderable  
dominio de sí misma, don Alvaro toma el Cris-  
to en sus manos y besándolo, sale con paso  
firme, seguido de los religiosos, diciendo.)  
¡Creo, creo, creo en Dios!

D.<sup>a</sup> MARIA

(A los nobles y caballeros, con un gesto  
de visión trágicamente profética.)

¡Pasad... Extended la diestra;  
cúmplase el fallo cruel,  
y caiga la frente de él  
porque levantéis la vuestra!  
Pero no se os lograrán  
las ambiciones mezquinas,  
de un templo habéis hecho ruina  
y ellas os enterrarán.

¿Oís la turba que espera  
impaciente de esperar?  
Esta es la batalla fiera  
que ahora tendréis que lidiar  
Es la tierra que calcina  
el sol y que nos da flores;  
que, como es recia, domina  
sus propios dominadores;  
que, como nada le basta,  
con nada se satisface:  
¡ésta es Castilla, que hace  
a los hombres y los gasta!

TELON

del Condestable de Luna:

D. ALVARO

(Colocándose rápidamente a su lado; con vehemencia, tratando de hacerla desistir de sus propósitos.) ¡Os perdéis!

SANTILLANA

¡Doña María de Guzmán!

PLASENCIA

¿Su señoría alega razones?

D.<sup>a</sup> MARIA

Una; pero ha de bastar, espero, si le sentenciáis porque mató a Pérez Vivero; ¡que yo fui quien le maté!

D. ALVARO

¡No!

D.<sup>a</sup> MARIA

¡Y pido igual muerte para su cómplice vil, que ha sido el Príncipe aborrecido, aborto de Trastámara! (Tumulto.)

SANTILLANA

Injuria al Príncipe!

ALVARO DE ESTUÑIGA

¡Loca

tornasteis!

SANTILLANA

Si que es demencia.

D.<sup>a</sup> MARIA

¡Nunca más cuerda sentencia ha salido de mi boca!

PLASENCIA (Con solemnidad.)

Doña María Guzmán:

no quiere entender Castilla que una rica-hembra mancilla la sangre del Rey don Juan.

D.<sup>a</sup> MARIA

Conde de Plasencia, y yo no quiero oírle a la gente que el Rey don Juan derramó la sangre de un inocente

PLASENCIA

La ley se ha cumplido.

D.<sup>a</sup> MARIA

Falta que sea justa la ley.

PLASENCIA

De alto viene: la hizo el Rey.

D.<sup>a</sup> MARIA

¡La justicia está más alta!

(Hay entre la gente murmullos.)

¿Murmuráis?... ¿Vuestra alma estrecha se niega a prestarme fe, nobles no, villanos que se les pierde la cosecha? ¿Tan pobres de honras andáis que al honor anteponéis las haciendas que hurtaréis,

el favor que codiciáis?

¡Nacisteis de un lecho falso!

¿Y el Rey no ve, en su abandono, que han hecho astillas su trono para alzar este cadalso?

ALVARO DE ESTUÑIGA

Conde de Plasencia: vos diréis lo que os pareciere, pero hacer que un reo espere es pararle el brazo a Dios.

PLASENCIA

No; dése puerta a la ley; y vos, dama, perdonad si, porque me manda el Rey, me encontráis sin voluntad. (Le vuelve la espalda.)

D.<sup>a</sup> MARIA

¡Oh, no! me habéis de juzgar, mal que os pese, en lo que os digo y, al juzgarme, vendrá a estar toda Castilla conmigo.

PLASENCIA

Libradme, doña María, de este penoso deber, ya no porque sois mujer, sino por vuestra hidalguía.

D.<sup>a</sup> MARIA

(Sin atender a razones; exaltándose cada vez más.) ¡Maté a un hombre! ¿No queréis en mi causa sentenciar?

PLASENCIA

(Energico.) ¡Antes hemos de otorgar justicia: no lo estorbéis!

D.<sup>a</sup> MARIA (Amenazadora; radiante.)

Pues bien: se agita en la plaza la muchedumbre impaciente, tanta en turba, tanta en gente, que es, más que un pueblo, una raza; rompe vallas, cercos vicia, lanza gritos, alza manos, que, como son castellanos, ya les tarda la justicia.

¡Dejadme paso! ¡La plaza con mi voz dominaré, y el cadalso escalaré para que me oiga mi raza!

¡Sabrán, por doña María, los Estados, la nación, Castilla, en fin, cómo son las justicias en el día! (Quiere salir: se oye el ruido de las lanzas tienen tomada la puerta.)

D. ALVARO

(Reteniéndola.) ¡No, por piedad.

ALVARO DE ESTUÑIGA

(A las lanzas.) ¡Detenedla!

D.<sup>a</sup> MARIA

¿Quién se atreve a una mujer?